

de  
Felipe A. OTERIÑO

al Señor Doctor

Don Bernardo de Irigoyen,  
como un respetuoso homa-  
naje á las virtudes del  
patricio.

# Margarita

(NOVELA ENSAYO)

PUBLICADA EN FOLLETIN EN EL DIA



67 2/2 604

LA PLATA

Establecimiento tipográfico EL DIA

1903



Aquella mañana, al entrar Aguirre al cuarto de su hija Rosa, la encontró aún en la cama, boca arriba, con los ojos entornados, perdida la vista en el risueño paisaje de la campiña, que aparecía detrás de los vidrios de la ventana, en un dulce abandono de mujercita perezosa y mimada.

—¡Cómo!—exclamó en tono de bondadoso reproche—¿á las nueve todavía en la cama? Eso está bueno en Buenos Aires, pero en el campo....

—No sigas—le interrumpió Rosa, dándose vuelta hacia él, picarescamente contraído el rostro por una mueca entre cariñosa y burlona—ya sé de memoria lo que me vas á decir; pero es inútil: todas tus teorías higiénicas no me convencerán jamás de que la cama no es, por la mañana, una cosa muy agradable. Eso de madrugar es para las gentes sin gusto, para.... las de Paz, por ejemplo. Figúrate—agregó luego, incorporándose á medias con un brusco movimiento que hizo bajar las cobijas hasta descubrir los ajados encajes de la pechera de su bata de dormir, y cargando el peso del cuerpo sobre el codo derecho—figúrate que tu

hija Rosa, que Rosita Aguirre, el *biscuit* de la *haute* de Buenos Aires, como la llamó el cronista social de «El Heraldo», se pareciese á las de Paz, á Micaela Paz, por ejemplo, que usa medias blancas ó coloradas y que está lo más convencida de que la suprema elegancia, en materia de polleras, son las faldas bien almidonadas.

Y la risa de la niña, esa risa que evocaba la alegría de un bullicioso pasacalle, pobló la alcoba de las dulces sonoridades de una campana de plata.

—Bueno, bueno—exclamó Aguirre sonriente—todo eso está muy bien, pero lo cierto es que ya son más de las ocho.

—La verdad es—dijo Rosa dejando de reir—que no sé por qué tengo tanta pereza hoy. Margarita me despertó temprano, para que saliéramos juntas, pero me vió tan poco dispuesta á dejar la cama, que se fué sola.

—¿A la iglesia, no es eso?—preguntó Aguirre en tono de contrariedad, y una preocupación repentina dibujó una arruga en su frente espaciosa, prolongada á ambos lados de la cabeza por las dos *entradas* que la calvicie iba bosquejando en su cabellera canosa. Luego, tras de un momento que empleó en sacar uu cigarrillo y en encenderlo, añadió á media voz, como hablando consigo mismo:

—Tu pobre hermana se ha curado de una enfermedad para caer en otra; no sé cual de las dos es peor..... ¡Ah!—agregó con infinita tristeza—el carácter de tu madre, su cabeza mal constituida, su pobre cabecita alejada siempre de lo real, de lo práctico, de lo verdadero de la vida; aferrada á todo lo sobrenatural, á todo lo abstracto, á todo lo fantástico!

Y en la paz de aquella alcoba coqueta, bajo la calma de esa mañana de verano, cuya luz reía en la casa en una dulce alegría de niño, Aguirre, parado junto á la ventana, perdida la mirada en el bosquecillo de eucaliptus que cerraba por un lado la vasta extensión de la pradera, evocaba el recuerdo de su extinta esposa, de aquella mujer que habia querido tan tierna, tan profundamente, y pasaban por su imaginación, claros, precisos, en una claridad de cosas recordadas á menudo, en una precisión de hechos que han impresionado vivamente, todos los acontecimientos, todos los detalles, hasta los más nimios, hasta los más triviales, de su vida de casado, de aquellos diez años de felicidad, tronchada de pronto, brutalmente, por la muerte; de aquel tiempo en que la amalgama de bondad, de misticismo, de superstición, y de preocupaciones que constituían la idiosincrasia moral de su pobre Maria, habia paseando del brazo con el realismo, la ciencia, y las ideas avanzadas de su espíritu fuerte, de su espíritu libre de hombre consciente de su verdadera misión en la obra gigantesca de la vida.

Pasaban los hechos, pasaban los tiempos en confuso tropel, y se encontraba, de pronto, en épocas más recientes; y ahora era su viudedad, sus dos hijas, la labor constante y penosa de la educación de esas dos niñas, de la formación de esas dos almas que eran el lazo que lo ataba á la vida. Surgían las dos: Margarita, tres años mayor que su hermana, creciendo encastillada, á pesar de todos sus esfuerzos, entre un mundo de ideas místico-supersticiosas, semilla arrojada en su psi-

quis impresionable por su pobre madre; Rosa, fuerte como él, desarrollándose en el ambiente de sus ideas prácticas y buenas, en una santa alegría de espíritu sano y vivaz.

Luego era lo esperado y lo temido, á la vez: El amor—una pasión avasalladora—haciendo presa de Margarita; un mundo de ensueños, todo un idilio de felicidad futura edificado en aquella alma enferma sobre la base del cariño de un espíritu vulgar, sobre la base de un amor en que entraban, por partes iguales, la vanidad de ser el novio de una mujer que tenía fama de bella y de inteligente y el capricho del chicuelo mal criado que se entusiasma durante unas horas con un juguete que abandona de pronto, lleno de fastidio, en un rincón de la casa; todo un maravilloso palacio de ilusiones derribado de golpe por la fatal ruptura buscada empeñosamente por su novio y producida á raíz de una disputa sin importancia.

Y Aguirre salía de su ensueño de evocaciones para caer en la realidad del presente, y se encontraba en aquella pieza de su casa-quinta de Río Chico, donde *veraneaban* hacia más de tres meses, parado frente á su hija Rosa, que desde la cama lo contempla con sus grandes ojos pardos en una mirada profundamente investigadora.

—¡Ah, tu pobre hermana!—murmuró Aguirre, reanudando la conversación—tu pobre hermana!..... Ahora que la creía á salvo de aquellas neurosis de misticismo de hace cuatro ó cinco años, vuelve á caer en la iglesia, como si ella pudiera darle el consuelo que busca! Inútiles han sido todos mis esfuerzos, toda mi prédica,

toda mi labor: su cabeza puede más que todo eso.

—Su corazón, querrás decir—exclamó Rosa con profunda lástima.

—Sí, ya sé que no ha olvidado aún la decepción que sufrió, aunque sí creo que ha muerto en su alma, el amor que la ligó á un hombre que ni la quería, ni era capaz de entenderla.

Rosa fijó sus pupilas en el rostro de su padre como si quisiera leer en el fondo de su alma; sus labios se entreabrieron para decir algo que no llegó á expresar, y, por fin, como si hablase consigo misma, dijo distraidamente:

—Hay que curarla!.... ¡Oh, yo lo he de conseguir, estoy segura de ello—agregó en seguida; con tono resuelto, como adelantándose á una objecion que nadie le hizo.

Luego, al ver que su padre se iba de la pieza, cambió de tono bruscamente, y, con ese buen humor que constituia su modo de ser habitual, exclamó en tono burlesco y solemnemente:

—Id tranquilo, señor de Aguirre, que, vuestra señorita hija Rosa abandonará en seguida el mullido lecho donde ha descansado la mar de horas en brazos de Morfeo. Morfeo, el dios del sueño, eh!.... no te vayas á hacer malas suposiciones. ¡Cármén!—gritó, en seguida, arrojándose de la cama—llámala á Carmen, papá, dile que me traiga mi peinador blanco..... el blanco ¿oyes?

—En el amplio comedor situado en el segundo piso del *chalet*, desde donde se veían claramente las rojizas tejas y las azuladas chapas de zinc de las techumbres de Rio Chico, Rosa dejaba sobre el platillo de fina porcelana, ya vacía, la taza en que había tomado á pequeños sorbos el te con leche que constituía su acostumbrado desayuno, cuando Margarita, muy elegante con su sencillo vestido de muselina clara y su riflero de paja de Italia, entró, con los brazos recogidos detrás de la cabeza, ocupadas las manos en desanudar el velo de encaje á través del cual aparecían su palidez de hostia y sus ojazos azules, de un obscuro azul de pizarra.

—Muy buenos días, madrugadora—exclamó Rosa saliéndole al encuentro y besándola cariñosamente en la cara—¿ya terminó la misa?

—Oh, hace rato—contestó Margarita sacando los *pinches* que sujetaban su sombrero y dejando aquellos y este sobre la mesa—Tu recién te levantas ¿verdad? Yo quería que fuéramos juntas, pero te ví con tanto sueño que preferí dejarte en la cama. ¡El sueño es tu gran pasión—



agregó en seguida, sonriendo cariñosamente á su hermana, con una triste sonrisa que dejó entrever apenas dos hileras de dientes blancos y pequeños.

—¿Había mucha gente?

—Estaba llena la iglesia..... predicó el padre ese, que ha venido hace poco de La Plata, ¡y vieras que bien!

Entornaría los ojos, como de costumbre, mirando de reojo á las muchachas. ¡Tiene una cara el curita ese!

—No te burles de esas cosas; haces muy mal—le interrumpió Margarita muy seria, casi severa.

—No, hija, si yo no me burlo—exclamó Rosa con afectada ingenuidad—creo, como tú, en las virtudes de ese señor; más todavía: hasta lo encuentro buen mozo y capaz de inspirar pasiones.

—Eres incorregible—exclamó Margarita entre risueña y enfadada.

—Bueno, bueno, no te enojas, Margot, y dime quienes estaban en la iglesia.

—No me he fijado; á la iglesia se va á rezar.

—Yo tambien soy un modelo de unción en misa, pero eso no es un obstáculo para que me fije en la concurrencia y sepa decir después.....

—De qué color era el vestido de Fulana, cómo estaba peinada Mengana, cuántas veces se dió vuelta la de X., y otra porcion de detalles que se escapan á la que sigue con verdadera atención la ceremonia. Ah..... á la salida me encontré con las de Paz; van á venir uno de estos dias; me dieron recuerdos y *muchos besos* para ti.

—Muchas gracias por los primeros; en cuanto á los segundos.... pero ¡qué be-

suconas son esas muchachas! ¡Dios los libre á sus novios, si llegan á tenerlos!... ¡Las de Paz con novios!... Figúrate la cara que pondría Micaela, por ejemplo, ante las protestas de amor de un galán cualquiera!—y Rosa, muy divertida con la evocación de una escena de *flirt* en que tomara parte la hija del intendente municipal de Rio Chico, se echó á reir como una loca.

—La cara que ponen todas; la que pondrías tú, posiblemente—murmuró preocupada Margarita; y luego, tras de un momento de silencio, exclamó de pronto, mirando curiosamente á su hermana, como si tratara de adivinar en su rostro el efecto de sus palabras:—Ah me olvidaba: ayer volvió el primo, de Buenos Aires; Dorotea me dió la noticia.

Rosa se puso repentinamente seria.

—¿Ramos? ... ah, sí?—dijo distraidamente, sin mirar á su hermana.

—Rosa!...—dijo Margarita aprisionando con las suyas las manos de la niña, y enmudeciendo de pronto, miró un instante á su hermana en el fondo de los ojos, como queriendo leer en su alma.

Hacian un fuerte contraste las dós: Rubia, muy pálida, muy delicada, la una, como una de esas figuras de los cromos prerrafaelitas; pelinegra, sonrosada, exuberante de vida la otra, como una de las manolas de las telas de Goya, parecian la personificación de una antítesis bien marcada, de dos caracteres opuestos, de dos ideas antagónicas, de dos razas distintas, fundidas en un mismo molde de idioma, de costumbres, de idiosincrasia casera.

La herencia, el atavismo, habian dejado en ellas las huellas de sus manos de obre-

ros inconscientes y caprichosos. Margarita, junto con el tipo rubio de toda una ascendencia paterna de la más pura cepa vascongada, había heredado toda la debilidad física, toda la enfermedad espiritual de su extinta madre, criolla pura, último vástago de una familia colonial; Rosa, al propio tiempo que el tipo criollo materno, había aportado á su vida toda la salud corporal, toda la fortaleza psíquica de su padre.

—Rosa....—continuó Margarita—á tí te gusta Ramos.

La niña no contestó; por un momento pareció desconcertada. La afirmación de su hermana la dejó perpleja y por primera vez se le ocurrió preguntarse á sí misma si sería verdad aquello, si la predilección, si la cariñosa benevolencia que le demostraba siempre á Ramos, y que ya había dado lugar á las bromas de Margarita y de las de Paz, tendría un fundamento más serio que el de una amistosa simpatía.

Indagó friamente en el fondo de su alma y no halló en ella más que una grande estimación por aquel hombre. No: ella no lo quería para sí.... ella lo quería para..... ella tenía sus planes al respecto. ¡Que tontos eran los que le daban bromas con él !... Venía muy frecuentemente á la casa, es cierto, pero ¿acaso lo hacía por ella?

Una sonrisa llena de malicia brilló en el rostro de la niña.

—¿Ramos?... á mí?... ¡qué ocurrencia!—exclamó, riéndose con una risa que marcó dos deliciosos hoyuelos á ambos lados de su boca. Y luego, algo más seria añadió, con afectado tono de protesta:

—¡Oh, pierde cuidado: no te lo voy á quitar!

—¿Por qué me lo niegas?—preguntó suavemente Margarita, sin hacer caso de las últimas palabras de su hermana—¿Acaso es una mala elección? Ramos es muy simpático, muy distinguido, y, sobre todo, tiene una alma muy bella . . .

—¿Verdad que sí?—le interrumpió Rosa, con un extraño fulgor en la mirada. . .

—Eso me parece.

—Pues entonces—esclamó la niña, irguiendo la cabeza con aire de triunfo—erès tú la que debe decir si te gusta Ramos, porque él está enamorado de tí.

El rostro de Margarita se nubló.

—¿De mí?—exclamó llena de asombro—¡no puede ser! . . . . .

—¿Y por qué no puede ser? . . . . . ¡Si me lo ha dicho á mí!

—¿A tí te lo ha confesado?. . . . .

—Me lo dió á entender, sin duda buscando en mí una aliada. A tí no se atreve á decírtelo. . . . .yo creo que te tiene miedo. ¡Hágame el favor! . . . . .un hombre con tamaños bigotes, terror de todo el mundo en la pedana del *Progreso*, y capitán de la Guardia Nacional, por añadidura, tenerle miedo á una mujer! . . . .

Y Rosa frunció los labios en un cómico mohín de desdén. Luego, encarándose con un supuesto interlocutor, agregó, con altanero tono:

—Caballero, es Vd. un cobarde! . . . . .sí señor: un gran cobarde, no retiro la expresión. No se atreve á atacar, teniendo el triunfo asegurado y contando con una aliada como yo. . . . .¿A qué espera? . . . . ¿Quiere que lo haga yo por Vd? . . . .

Y encarándose con Margarita, añadió,

haciendo verdaderos esfuerzos para parecer grave:

—Señorita: ¿quiere Vd. por su esposo y marido al doctor Juan José Ramos?... ¿y V. se otorga por su esposa y mujer? ... ¡Oh, sí—exclamó cambiando bruscamente de tono—te tiene que gustar, porque yo lo deseo y porque es muy simpático y muy bueno y porque te quiere mucho.... ¿Verdad que te gusta?

—Como amigo sí; pero nada más que como amigo—replicó muy seria Margarita

—No, no: como novio.

—Pero Rosita—dijo la jóven tristemente, atrayendo hacia sí á su hermana con infinita dulzura—¿por qué dices eso, si tú estás enamorada de Ramos y él te festeja á tí?

Rosa la miró un instante escrutadoramente.

—Pero ¿de veras? ¿crees eso?... ¿será posible que no veas la verdad?

—El habla mucho contigo, siempre está á tu lado ...

—Nó, nó y nó; puedes estar segura de ello—exclamó la niña con un acento tan lleno de firmeza que convenció á su hermana.—Ni me festeja á mí, ni lo quiero, ni lo podré querer nunca. Lo aprecio mucho, pero nada mas ... no es mi tipo.

—Pues, en cuanto á mí.....—repuso Margarita, con un dejo de profunda amargura en el acento—bien sabes tú que el amor se acabó para mí!

—Margarita, Margarita! .. —murmuró Rosa con tono de apenado reproche—¿volvemos á lo de siempre?... ¿será posible que todavía pienses en eso?...—y la niña contempló un instante á su hermana

con una larga mirada toda impregnada de compasión y de tristeza.

La verdad era que Margarita cada cada día parecía mas preocupada, más triste, más inconsolable. Delante de Aguirre y de su hermana trataba de parecer, si no contenta, resignada por lo menos, pero los esfuerzos que hacía para ello solo conseguían delatar su verdadero estado de ánimo. Tenía calmas que parecían sufrimientos inauditos, risas que sonaban como sollozos, indiferencias que sangraban.

Instalada en Rio Chico al poco tiempo de su ruptura con Alfredo, su dolor fué, al principio, sombrío, terrible. Poco á poco se fué calmando su pena, sin embargo, y haciéndose menos violenta, menos exteriorizada, y á ello contribuyeron su padre y especialmente Rosa, que no desperdiciaba ocasión ni pretexto para distraerla. Unas veces era caricaturándole, con gracia exquisita y con derroches de ingenio, las indumentarias y la afectación de las hijas de don Rosario Paz, intendente de Rio Chico—tres muchachas *lindotas* que se *empaquetaban*, cuando llegaba la ocasión, sin conseguir ser elegantes;—otras, burlándose bondadosamente de los aires de personaje que afectaba don Rosario, cuyos ademanes imitaba á la maravilla, ó haciendo maliciosas suposiciones acerca de la frecuencia de las visitas que hacía á la casa el *doctorcito* Ramos—un sobrino del intendente, abogado de una de las últimas colaciones de grados de la universidad de Buenos Aires, que veraneaba en Rio Chico en casa de su tío;—otras, preparando y poniendo en práctica alguna travesura, de la que, por lo ge-

neral, eran víctimas propiciatorias el gato, los perros ó la pobre Cármen; otras, las más, arrastrando á su hermana á algun largo paseo á pie ó á caballo, de donde volvian fatigadas y sudorosas, Margarita para caer al rato en su constante ensimismamiento, y ella para revolucionar la casa con su alegría ingénuo y con su eterna movilidad.

Un domingo que habian salido las dos á caballo, despues de galopar dos ó tres kilómetros, cruzaron el pueblo, de paso para la quinta.

Iban las dos al paso de sus cabalgaduras. Risueña como de costumbre Rosa, resplandeciente el rostro de salud, violentando las triunfales curvas la lanilla clara de su vestido, toda ella poseida de la santa alegría de vivir; pensativa como siempre Margarita, pálido el rostro como un místico cirio, delicada y sutil bajo su amazona de paño azul, toda ella saturada de una infinita desolación.

Al desembocar en la plaza, brotó del campanario de la iglesia el tercer llamado para la misa de 10. Afluyen las devotas entre *fru-frus* de enaguas rígidas de almidón y rumor de cuentas de rosarios.

Una niña vestida de blanco, muy ufana y orgullosa con su trajecito de primera comunión, al cruzar la calle en dirección al templo, preocupada solo de preservar sus zapatitos del polvo que cubria la ancha calzada, hizo que Margarita detuviera su caballo para darle paso. La chica tuvo un gesto de contrariedad al ver llegar hasta ella la nubecilla de polvo que levantaban las patas del animal; pasó por frente á Margarita, mirando con cierto enojo á aquella señorita sin consideración para su

blanco vestido de pequeña desposada, y subió las cuatro ó cinco gradas del átrio, con una arrogancia de reina ofendida.

Margarita la siguió con la vista á lo largo de la única nave del templo, en cuyo fondo fulguraban las luces del altar como amarillentas estrellitas empequeñecidas por la distancia. La chicuela cruzó por entre las filas de colorados escaños, y fué á arrodillarse junto á la barandilla del altar, entre un grupo de niñas vestidas como ella de primera comunión. Pero Margarita ya no la veía: sus ojos estaban fijos en la imagen que aparecía allá en el fondo, una *Nuestra Señora* de cara de muñeca de porcelana, aplastada bajo el peso de una monumental corona de complicada estructura, embutida, como un niño de pecho, en un largo vestido pléotrico de bordados y de lentejuelas.

Al principio, tuvo una impresión de curiosidad, de extrañeza, de embobamiento, pudiera decirse; miraba sin ver, sin darse exacta cuenta de aquello. De pronto, surgieron en su espíritu muchas cosas viejas, semi olvidadas, casi perdidas entre las nebulosidades del tiempo, y apareció, allá en su imaginación, la silueta de su madre, una silueta de contornos indeterminables, borrosos, casi esfumados, y con ella el recuerdo de las oraciones á la Virgen, de las plegarias al Angel de la Guardia, recitadas palabra, por palabra, bajo el dictado de la dulce voz maternal; luego, el día de su primera comunión: el trajecito blanco, el velo blanco, los guantes blancos, los zapatitos también blancos; despues, las misas de once en el Socorro, las novenas, las procesiones de *Corpus*, las peregrinaciones á Lujan... todo ello impregnado



de la felicidad de los primeros años de su vida; todo ello lleno de encanto, de dulzura, de paz; todo ello envuelto en el mágico prestigio de las cosas vistas á la distancia.

La voz de Rosa, que la invitaba á proseguir la marcha, la sacó bruscamente de su ensueño de evocaciones, y luego, mientras galopaban, ya fuera del pueblo, por la larga calle flanqueada por los cercos de cina-cina de las quintas, evocaba la silueta de la iglesia, y se le aparecía toda blanca, toda llena de calma, toda llena de dicha, en la profusión de luces de los altares, en el apagado rumor de las oraciones, en la armiñal blancura de los trajecitos de primera comunión.

.....  
.....  
Involuntariamente Margarita habia ido interesándose en la conversación, y ahora escuchaba muy atenta las palabras de su interlocutor.

—Y luego el amor—decía este—la mujer elejida entre mil, la preferida entre todas, aportando su debilidad, su belleza, su ternura, su bondad, al consorcio de ideas, de gustos, de aspiraciones, de propósitos, en que se ha de amalgamar con la fuerza, la energia, el talento, la salud moral del hombre, tambien elegido concientemente, tambien preferido entre todos. Dos almas, dos caracteres, dos idiosincrasias palpitando al unísono, refundidas en un solo espíritu, en un solo modo de ser, en una sola vida, pero no por el sojuzgamiento de la una á la otra, sinó por la coparticipacion en esa entidad á la que cada una debe aportar todo y tan solo lo bueno que tenga. Y así, queriéndose por arriba de todo, sin desmayos, sin restricciones, sin rivalidades espirituales, haciendo de la persona amada la suprema divinidad, y del amor un culto, un culto pura ternura, pura bondad, pura in-

duligencia, marchar á la conquista de la dicha, á la conquista de la vida.

Y el doctor Ramos, un mozo alto, de fisonomía franca y abierta, de grandes ojos castaños, en los que fulguraba una como luz de energía y de dulzura á la vez, hizo una pausa y miró largamente á Margarita, como queriendo adivinar en el rostro de la niña el efecto que le causaban sus palabras.

Habia tanto entusiasmo, tanta sinceridad, tanto convencimiento, en ellas, que la niña se sentía arrastrada, á su pesar, por el influjo de las ideas que exteriorizaban, detrás de las cuales vislumbraba un alma grande, una grande y noble alma. Hasta entonces solo había visto á Ramos bajo el prisma del hombre de buena sociedad, galante é instruido; ahora lo veía saliendo de lo vulgar, apartado de la generalidad de los que había tratado por todo un bagaje de ideas propias, que, aunque ella no alcanzaba á comprender bien, tenían la misteriosa atracción de todo lo bello, de todo lo bueno.

Ramos, tras de un momento de silencio en que pareció replegarse sobre sí mismo, continuó á media voz:

—Hace un momento me decía Vd., señorita, que la vida no valía la pena de ser vivida..... Pues bien: yo creo lo contrario; yo creo que la vida es una buena cosa, yo creo que la vida es el supremo bien; todo estriba en saber vivirla. Los desgraciados, los que han sufrido un golpe moral cualquiera, piensan, á menudo, como Vd.; pero es porque no saben buscar el remedio de su mal. Se embanderan en el escepticismo, en la misantropía, y no hallan más que hastíos y desolaciones; se

refugian en la religión, en el misticismo, y las compensaciones que se les ofrecen son para más tarde, para después de la muerte. Buscan el día en la noche, y se olvidan de que la noche es la negación de la luz; buscan la vida en la muerte, y no se acuerdan de que la muerte es el fin de los fines! La vida tiene dolores y desilusiones, pero ella es también la única que puede proporcionar placeres y esperanzas; y un día de dicha, un día de ilusión vale lo que muchos años de pena, lo que muchos años de desesperanza! . . . . Pero, perdón señorita: estoy siéndole cansador. Cuando hablo de esto, en presencia de un espíritu selecto y cultivado, como el suyo, capaz de entenderme, capaz de llegar al fondo de mi razonamiento, me olvido de todo, y disertó como si estuviera en una tribuna, con el agravante de que no recuerdo que la paciencia del auditorio tiene un límite.

Y Ramos calló otra vez, mientras una fina sonrisa iluminó sus ojos, que permanecían fijos en el rostro de Margarita.

En un extremo de la mesa, donde el mantel y un resto de vajilla que se ocupaba en levantar Carmen con su pachorra habitual, recordaban la terminada comida, Aguirre, con una sonrisa de benévola atención, escuchaba, haciendo girar un aro de servilleta en el extremo de una cucharita de café apoyada en la mesa, las disertaciones políticas de don Rosario Paz, el intendente municipal de Rio Chico, que, entusiasmado con un discurso, olvidaba su afectada tiesura habitual de hombre con pretensiones de importante, para accionar como un energúmeno, con

lujo de gestos y de ademanes muy poco aristocráticos por cierto.

En un costado del vasto comedor, junto á una de las ventanas abiertas de par en par, por la que penetraba de vez en cuando un soplo de aire húmedo y sofocante, Rosa y las dos hijas mayores de don Rosario, Micaela y Dorotea, unas muchachas *lindotas*, de provocativas formas y de alegría de mujeres fuertes y sanas criadas al sol y al aire libre de la estancia, festejaban con ruidosas carcajadas las ocurrencias más ó menos felices de *Juancito* Garrido, un mozo ya madurito, de truhanesca fisonomía é inquietos ojos verdosos, hombre político, *factotum* indispensable de don Rosario, y, á ratos perdidos, procurador ante el juzgado de paz é intendencia, y director de *El Pueblo* de Rio Chico, periódico semanal, baluarte fuerte de la caudillesca é intendil personalidad de Paz.

Afuera, sobre el verde de la campiña, caía el misterio y los apagados rumores de una noche de Febrero. En el pequeño estanque del parque modulaban las ranas en tecloteo de pianito de juguetería, y el ruido que llegaba desde la cocina, donde la negra Pepa, la vieja cocinera, lavaba los platos, apagaba de vez en cuando las notas de un *estilo*, que alguien—el peón sin duda—silvaba en el galpón que servía de cochera y de caballeriza.

—Sí, mi querido amigo—decía don Rosario, con su vocecita aflautada, vivo contraste de su obesidad de hombre rico y bien mantenido—la gente de *allá*, mejorando lo presente, no nos considera ni esto—y el intendente de Rio Chico hizo chasquear en el borde de sus dientes

irregulares y amarillentos la uña del dedo pulgar de su mano derecha.

—Muchas zalamerías, mucho ¡señor Paz! mucho *estoy muy agradecido á su valioso concurso*, cuando lo necesitan á uno; pero lo que es para aflojar lo que uno les pide son peor que napolitano. Ahí tiene, por ejemplo, el asunto de Garrido: Á fuerza de cinchar y cinchar conseguí que me lo pusieran en la lista de candidatos, y eso porque me les enojé en la convención y lo amenacé al ministro, con no ir á las elecciones. Lo pusieron en la lista, sí, pero ahora salen con que en Rio Chico hay que borrar á todos los candidatos, menos á Fernandez Blanchet, un cajetilla de Buenos Aires. . . . Un enjuague de comité ¿sabe? que lo va á dejar al pobre Garrido á la luna de Valencia.

Don Rosario dejó de hablar y contempló un instante en silencio á Aguirre, que se habia puesto repentinamente serio al oír el nombre del candidato favorecido por la *borratina* en perspectiva.

El grupo donde Garrido lucia sus galas oratorias y galantes seguia hablando y riendo cada vez con más entusiasmo; Margarita, más pálida que de costumbre, escuchaba, distraida ahora, las palabras de Ramos, que habian perdido todo interés y giraban alrededor de un tema banal.

Las últimas frases de don Rosario habian cautivado la atención de la niña y ahora escuchaba sus disertaciones político electorales como si el asunto fuera para ella de mucha importancia. Un observador perspicaz hubiera hallado en la mirada que á ratos fijaba en Paz un raro fulgor de hostilidad.

Ramos, mientras seguia hablando con

toda indiferencia, la contemplaba fijamente, con todo el aire del que observa un curioso fenómeno. De pronto, sus miradas se encontraron: en la del doctor brillaba una muda interrogación que desconcertó á Margarita. La joven bajó los ojos, mientras un rubor de colegial sorprendido en falta dejaba sobre sus mejillas una pincelada de carmín.

Una sonrisa brilló en el rostro de Ramos y encarándose con Don Rosario, que seguía despachándose á su gusto contra el candidato protegido en los círculos metropolitanos, exclamó:

—Pero tío: á pesar de la imposición del comité, el señor Fernandez—y al pronunciar este nombre su voz tembló ligeramente—bien puede ser un buen diputado.

—¿Para nosotros?... ¡qué va ser! A esos mocitos de Buenos Aires les importa un comino la suerte de la campaña.

—Tendrán cosas más importantes de qué ocuparse—dijo Margarita, sin poderse contener.

—¿Más importantes?... ¿Acaso ... pero, perdón, señorita: ya sé que á Vds. las niñas les gustan mucho los mozos de la ciudad. Mis muchachas son lo mismo.

—Bueno, tío; pero á todo esto se está olvidando de hablarle al señor Aguirre del asunto de la canalización del arroyo Largo—dijo Ramos con el manifiesto propósito de interesar al intendente en otra conversación; y luego, conseguido su objeto, se volvió hácia Margarita y reanudó su interrumpida charla.

—Desvié á mi tío del tema que lo ocupaba—le dijo muy dulcemente— porque creo que le era á V. enojoso.

—Le agradezco la bondad de su inten-

ción—replicó Margarita sin mirarlo—aunque se equivoca Vd. al juzgar que esa conversación me era violenta; no tiene por qué sérmelo.

Sin que ella misma se explicara la causa, la irritaba la intervención de Ramos. Aunque se la agradecía en parte, comprendía que ella le daba, en cierto modo, el derecho, ó por lo menos un pretexto para hablar de algo que, como sus amores con Fernandez Blanchet, era para ella una cosa sagrada, de la que nadie podía ocuparse sin profanarla. En boca del doctor, sobre todo, la profanación, sin saber á ciencia cierta por qué, se le antojaba inaudita, monstruosa.

—Sin embargo... —murmuró Ramos.

—Puede creerlo—le interrumpió la niña, con voz insegura.

—No me permitiré dudar de sus palabras, pero tenía entendido que el señor Fernandez Blanchet habia tenido ciertas vinculaciones con V. que no podían menos de hacer que oyera su nombre con disgusto.

Margarita se puso muy pálida. Como lo habia temido, Ramos abordaba el asunto resueltamente. Por un momento tuvo la intención de cortar bruscamente la conversación, pero un sentimiento de curiosidad la contuvo: quiso saber á donde queria ir á parar el doctor.

—Vinculaciones sociales puramente—dijo en tono inseguro—pero aun en el caso de que hubieran sido de otra especie, no me afectaria en lo más mínimo el oír su nombre.

—Eso creo; porque aun en ese caso—dijo Ramos remarcando las frases y mirando fijamente á Margarita—no es V. la



que debía afectarse, puesto que en la ruptura habria salido perdiendo más él que usted.

—¿Qué quiere decir V. con eso?—preguntó la jóven resueltamente.

—¿Apela V. á mi franqueza?

—Sí—dijo Margarita, mirándolo fijamente, con un si es no es de hostilidad en la mirada.

—Pues, sencillamente: que V. está muy por arriba del señor Fernandez Blanchet y de la conducta que ha observado con V. Lo que, en otros términos, quiere decir que él no era digno de V.

—Le agradezco el buen concepto que tiene formado de mí—dijo Margarita secamente—pero le prevengo que no participo de sus opiniones respecto al señor Fernandez.

Ramos se sonrió, é inclinándose con suprema galanteria, repuso:

—V. me perdonará si he dicho algo que pueda disgustarla; pero, francamente, hay cosas que...

—Parece que no abrigaba V. sentimientos muy benévolos, que digamos, para el señor Fernandez—dijo, con cierta sorna, Margarita.

—¿Yo, señorita?—preguntó Ramos algo turbado, á su pesar—absolutamente. Si V. supiera—agregó en seguida, con voz en que dejó traslucir una viva emoción, y envolviendo á la niña en una mirada de expresión indefinible—si V. conociera ciertos sentimientos míos, comprenderia que más bien tengo motivos para estarle agradecido al señor Fernandez.

Aquello fué una revelación para la niña y en todo el resto de la velada se encerró, para con el doctor, en una ceremoniosa

reserva, muy cercana á una viva hostilidad.

Luego, más tarde, cuando sola en su cama daba vueltas y más vueltas, sin poder conciliar el sueño, absorta en sus eternos pensamientos, la imágen de Ramos surgió más de una vez en su imaginación, como un importuno visitante, como un supremo fastidio. Y más de una vez, también, sus palabras, esas frases noblemente tentadoras, en que su alma llena de fortaleza y de bondad se habia desplegado ante ella como una gran flor de exquisito y raro perfume, repitieron el himno del amor y de la vida que él habia modulado esa noche junto á ella: «Dos almas, dos caracteres, refundidos en un solo espíritu, en una sola vida, pero no por el sojuzgamiento de la una á la otra sino por la participacion por igual en esa nueva entidad formada con lo bueno, tan solo de cada uno».... «La vida tiene dolores y desilusiones, pero ella es tambien la única que puede proporcionar placeres y esperanzas»....

¿Era acaso posible lo primero?... ¿Sería algo más que una simple teoria esa amalgama espiritual preconizada por Ramos?...

No: en la práctica era otra cosa. Ella habia dado ya una vez esa *mitad* moral de que hablaba el doctor; ella habia contribuido con todo lo que de más bueno, de más exquisito tenía su *yo* psíquico á esa entidad tan perfecta, y, sin embargo, los resultados habian sido desastrosos... Una voz, que se le ocurría parecida á la de Ramos, se alzaba entonces entre sus reflexiones: «Sí; tú diste tu parte, la que te correspondia, pero ¿á quién?... ¿acaso al *elejido conscientemente* entre todos? ¿acaso al espíritu sano, al alma grande capaz

de entenderte y de comprender esa maravillosa armonía? Y ¿había contribuido él con el mismo bagaje espiritual que tú?».... No, él no había aportado á esa unión solamente lo bueno que tenía: había llevado también, como un germen de disolución, como un virus destructor, todos sus errores, todos sus egoísmos, todas sus... pero ¿acaso había hombre alguno que al entrar en el templo del amor puro se preocupase de dejar á la puerta todas sus mezquindades; todos sus vicios morales? ¿quién se acordaba de sacudir sus vestiduras antes de penetrar al sagrado recinto, para dejar afuera el polvo recogido en el camino?... Y aunque existiera el hombre capaz de hacerlo ¿era, por ventura, para ella, que ya había dado á otro todo lo que tenía?.... No: aquello no era posible, ya, para ella.

Ella era una desterrada de esa tierra de promisión; para ella no había plato en el banquete del amor, ni sitio en el sarao de la felicidad... «La vida tiene dolores y desilusiones, pero ella es también la única que puede proporcionar placeres y esperanzas», repetía allá en su interior la misma voz, y una vez más surgía ante ella la imagen de Ramos, como una tenaz perseguidora, como una fastidiosa obsesión.

#### IV

Un miércoles, poco despues de la una de la tarde, entre los escasos viajeros que desembarcaron en Rio Chico, bajó del tren, que pasaba por allí solo dos veces por semana, Alfredo Fernandez Blanchet.

Las elecciones para la renovación de una parte de la legislatura lo habian llevado á aquel apartado pueblo de la provincia, donde su presencia era necesaria para asegurar el triunfo de su candidatura. Don Rosario Paz, señor feudal de esos *pagos*, le habia prometido solemnemente al ministro de gobierno, director de escena de la pantomima electoral, respetar en un todo la consigna de hacer en sus dominios la borratina del siglo en beneficio de Fernandez Blanchet, bajo la no menos formal promesa de *sacarlo* á Garrido por medio de una *lista especial* que se votaria en dos ó tres localidades de la 7ª seccion; lista que, gracias á la salvadora práctica del *mayor residuo*, obtendria la consagración de uno de sus candidatos, por lo menos, en las misteriosas maquinaciones de alquimia electoral que suelen constituir los noctámbulos escrutinios de nuestros cuerpos legislativos.

Don Rosario habia prometido su res-

peto á la consigna, pero como ni el ministro, ni el comité, ni mucho menos Alfredo, que era parte directamente interesada en el asunto, se fiaban mucho que digamos de la palabra del *factotum* de Rio Chico, se habia resuelto que Fernandez hiciera acto de presencia en los dominios de Paz á objeto de recordarle el compromiso contraido, y de intervenir, llegado el caso, en la elección, en favor del cumplimiento de lo pactado.

Respecto á esta intervenció n, el comisario de Rio Chico habia recibido instrucciones reservadas de la jefatura de policia, que no por ser enteramente desfavorables á los intereses de don Rosario—que á fuer de caudillo era una *remora de la civilizaci6n*—dejaban de tener un carácter que se daba de trompadas con los tan decantados principios democráticos de la flamante constituci6n porteña.

No tardó mucho Margarita en tener conocimiento de la llegada de Alfredo. Carmen, en una ida al pueblo, lo habia visto esa misma tarde, hablando con don Rosario, parados ambos en la puerta del hotel de la Union, único albergue que tenia Rio Chico para los huéspedes de tono, y la mucama, en cuanto llegó á la quinta, se lo habia contado á la niña en una respetuosa reserva de criada de confianza interiorizada de las intimidades de sus patrones.

—El niño Alfredo me vió pasar y cruzar la plaza frente al hotel—le decía Carmen á Margarita, que acababa de salir del baño, mientras peinaba los rubios cabellos de la niña, húmedos aún—Me siguió con la vista hasta que entré á lo de Paz.... Cuando volvia lo encontré solo en la pla-

za, junto al alambrado, y me habló—añadió la sirvienta con una sonrisita entre picaresca y bondadosa.

—¿Qué te dijo?—preguntó Margarita con una emoción que en vano procuró ocultar.

—Se hizo el sorprendido, como si no supiera que estábamos aquí.... nos suponía en Mar del Plata. Después me preguntó «por el señor y por las niñas»....

—¿Nada más?—preguntó Margarita afectando una gran indiferencia.

La sirvienta miró á su alrededor, como asegurándose de que nadie la oía, y, bajando algo la voz, contestó:

—También me preguntó por usted.... si era cierto que había estado enferma.... si estaba muy triste.... si.... si tenía novio....

—¿También te preguntó eso?—interrumpió la niña llena de turbación; y en seguida, sin esperar la respuesta de Carmen, agregó:

—¿Y tú que le dijiste?

—Que no, que ni pensaba en tenerlo.

Margarita enmudeció, y como ya la operación del peinado tocaba á su fin, despidió á la sirvienta, y ella misma se colocó las últimas horquillas, de pie, frente al tocador, en cuyo alargado espejo se reflejaba totalmente su busto fino y elegante de cromo de periódico de modas.

Luego, terminada su tarea, se acercó á la ventana y sus ojos pasearon una distraída mirada por toda la extensión del paisaje que aparecía ante su vista. La llanura, cubierta de pasto brillaba bajo la acción de los rayos del sol, ya próximo á ocultarse, como un inmenso manto de deslumbrante seda. A lo lejos manchando

el tinte de la pradera, como una sombra movible, cruzaba lentamente una *tropa*, envuelta en la nube de polvo que levantaban las patas de los animales. A la derecha, junto á un bosque de eucaliptus, surgia Rio Chico en un amontonamiento de techumbres de teja y de zinc, entre las que se erguia altanera, la torre de la iglesia, como un rígido centinela.

La vista de la niña recorrió todo el vasto panorama, y luego, al recojerla, la detuvo de pronto junto á la cerca de alambre tejido que separaba los jardines del resto de la quinta. Allí, parada sobre una silla de mimbre, deliciosa bajo su vestido de muselina blanca que dejaba traslucir en las mangas sus brazos torneados y mórvidos, Rosa arrojaba puñados de maiz á las gallinas, en una alegría de señorita encantada en una labor hecha por capricho ó por diversión. Las aves se agrupaban frente á la niña, disputándose los granos con una glotoneria que provocaba en ella todo un rosario de pintorescas interjecciones y de denigrantes calificativos.

Mil ideas pasaban, entretanto, en revuelto torbellino, por la mente de Margarita.

¡Alfredo en Rio Chico!.... Alfredo, á quién no veia hacia más de cuatro meses tan cerca de ella!.... ¿A qué habria venido?..... Sin duda por motivos políticos, por asuntos relacionados con su candidatura, quizá—y esto no se atrevia casi á imaginárselo—quizá por ella.... El encuentro con Cármen, las preguntas hechas á la sirvienta acudian á su mente como una esperanza inconfesada..... Pero, no: ¡qué loca erá!: el hecho solo de estar hablando con don Rosario le proba-

ba que el inesperado viaje de su ex-novi no respondía mas que á causas políticas... Sin embargo, él sabía muy bien que ella veraneaba en Rio Chico; y había venido á pesar de todo... y la había buscado á Cármen para hablarle de ella. Los asuntos electorales bien podían ser un pretexto, una excusa... Es cierto que habían roto, que ya no había entre los dos nada común, pero ¿estaría realmente muerto el amor que los había unido durante tanto tiempo?... El la había querido, siquiera fuera un momento—¡Oh, estaba segura de ello!—él la había querido con todas las fuerzas pasionales de que era capaz!

En cuanto á ella... ella lo había querido por arriba de todo: por arriba de su familia, que nunca había visto su noviazgo con muy buenos ojos; por arriba de sus más apegadas ideas y de sus más caras creencias, heridas á cada paso por el ateísmo inconsciente y por la egoísta misantropía, que cubrían con una capa de hielo, casi siempre infranqueable, lo poco de bueno que vivía arrinconado en el fondo de su psiquis; por arriba de esa reputación que lo presentaba como un náufrago de la borrasca del desenfreno de cinco ó seis años de una vida crapulosa de muchacho rico y á la moda. Ella lo había amado mucho... ella lo amaba aun.

Y evocaba toda la novela de sus relaciones: Su conocimiento en el parque Lezama, en una *kermesse* del «Patronato de la Infancia». Le había gustado, entonces su gallardía, su apostura de buen mozo y, más que todo, esa suprema indiferencia, esa elegante dejadez, esa desdeñosa altanería que ponía en sus palabras, en



sus ademanes, en sus gestos todos, y que contrastaban singularmente con el fuego de sus miradas, fijas en ella con una persistencia llena de locuacidad; después otros muchos encuentros, en Palermo, en la Opera, en los bailes, en los conciertos; el obligado *flirt*, la formal declaración, la entrada en la casa; luego el noviazgo, y con él las primeras nubes: la incredulidad, la misantropía, el positivismo de Alfredo chocando á cada paso con su fe, con su altruismo, con su idealidad; la lucha sorda y continua de sus ideologías tan diferentes, tan antagónicas, agriando sus relaciones insensiblemente, dejando en sus almas, á cada encuentro, un arañazo, una herida, un dolor, ahondando más y más, en cada choque, el abismo abierto entre los dos por la perenne desavenencia de sus creencias, de sus opiniones, de sus maneras de ser. Después, quizá como consecuencia de esa lucha, quizá respondiendo á la versatilidad de su espíritu gastado, el invierno del hastio, del cansancio, nevando sobre el alma de Alfredo: sus inasistencias á la casa, primero con pretextos más ó menos fútiles, luego sin ellos; después las disputas, los enojos más ó menos duraderos; por fin el rompimiento definitivo.

Pasaban los hechos como una sucesión de imágenes de cinematógrafo, y Margarita se adormecía en la evocación de ese pasado. Se había sentado junto á la ventana, y sus ojos se perdían, á lo lejos, en el fondo de la campiña, que sonreía toda ella, bajo los últimos reflejos del sol, en una dulce sonrisa de mujer amada y feliz.

Rosa había terminado su ocupación de arrojar maíz á las gallinas, y ahora, incli-

nada sobre un cantero de pensamientos, hablaba de floricultura con el jardinero, empleando un italiano que hacía iluminar la cara coloradota del buen hombre con una bondadosa sonrisa de benevolencia.

Todo aquel pasado, como un largo cortejo de espectros, como una vaga procesión de visiones, seguía desfilando por la mente de Margarita. Pasaban muchas penas, muchos dolores, muchos sufrimientos, y sin embargo era aquello muy dulce, muy bello... Y ahora, bruscamente, surgía todo el encanto que, á pesar de todo, había tenido aquella pasión: las palabras de Alfredo, sus frases de amor, sonando en sus oídos como un canto sublime, como una música inefable, como una melodía dulcísima; sus ternuras, sus besos, filtrándose en su sangre, como glóbulos de fuego, dejándole en la epidermis escalofríos y cosquilleos de voluptuosa tentación; los magníficos palacios, los resplandecientes alcázares de la dicha futura, edificados á expensas de una imaginación asombrosamente fértil y de un convencimiento absoluto de la sinceridad de su amado.

Y de nuevo se imponía la tantas veces formulada interrogación: ¿por qué había sido tan crédula?.....Ella, tan perspicaz, tan vidente de almas, tan fecunda en presentimientos, ¿cómo no había comprendido que el amor de Alfredo era el capricho de un momento, el sentimiento destinado á romper por una hora la monotonía de una vida sin fe y sin ilusiones, la sensación novedosa para el espíritu gastado, que necesita una nueva cada día? .....¡Ah, sí: más de una vez había tenido la intuición de todo un porvenir de

sufrimientos; más de una vez había nevado sobre sus días de alegría, sobre sus transportes de amor, la infinita desolación, el angustioso presentimiento de una desgracia indeterminada, pero fatal; más de una vez, al edificar en una embriaguez de ensueño el palacio de su futura dicha conyugal, un desilusionamiento repentino é injustificado había hecho derrumbar en su imaginación el maravilloso andamiaje de sus visiones!

Y recordaba, ahora, por milésima vez, una porción de detalles, de hechos, de acontecimientos, nimios en apariencia, banales ostensiblemente, que en su imaginación exuberante, habían tomado todas las proporciones de verdaderos avisos providenciales, desoidos entonces en su embriaguez de felicidad, comprobados más tarde por la fría realidad de los hechos.

Entre otros muchos, uno de los que acudían con más persistencia á su mente, era el recuerdo de un sueño que había tenido en los primeros tiempos de su noviazgo. Ella caminaba, sin rumbo, sin objeto, por un desierto ilimitado, por una arenosa llanura toda desprovista de vejección, toda impregnada de una desolación de muerte. De pronto se había parado: la tierra cedía poco á poco bajo sus pies, como si pretendiera tragarla. Cada vez se hundía más; ya no tenía libres sinó el cuello y la cabeza, cuando de improviso, apareció Alfredo. Su angustia desapareció; una suprema esperanza ensanchó su pecho en un suspiro de satisfacción, y una de sus manos se tendió hacia su amado en busca de un apoyo. Pero. Alfredo, ese Alfredo que la quería tanto,

ese Alfredo á quien ella amaba sobre todas las cosas, la habia mirado con suprema indiferencia, con una fria mirada de indiferencia que no le conocia hasta entonces y se habia alejado de ella....

.. Ese sueño la habia entristecido mucho durante algunos dias. Se lo habia referido una vez á Alfredo y él se habia reido mucho con aquello; y habia una protesta tan vehemente en su risa, y habia tanto amor en su mirada, que ella concluyó por reirse también de sus propios temores.

Otro de esos hechos, cuyo recuerdo la habia perseguido y la perseguia aún más tenazmente, era uno, sin importancia visible, pero que para ella habia tenido todas las proporciones de un augurio: Una tarde que Alfredo estaba de visita, allá en su coquetona casita de la calle Viamonte, una tarde que habian pasado varias horas en un verdadero arrobamiento de pasión, en un verdadero éxtasis de dicha, se habia sentado ella al piano, accediendo á un antojo de su novio.

—¿Qué quieres que toque?—le habia preguntado.

—Cualquier cosa....lo que quieras.

—Nó, elije tú mismo—habia replicado indicándole un montón de partituras que habia sobre una mesita.

El habia cogido una al azar, y abriéndola, también al acaso, la habia puesto en el atril. Era *Rigoletto*; en el encabezamiento de la página en que se habia desplegado el cuaderno aparecía el *Tutte le feste al tempio*. Sus manos se pasearon por el teclado, y nunca como esa vez repercutieron más hondamente en su alma las desoladas frases musicales en

que *Gilda* llora su abandono y su desesperación. Cuando concluyó la sonata sus ojos estaban llenos de lágrimas. ¿Por qué se sintió en ese momento tan identificada con la heroína de Verdi?..... ¿qué misteriosas analogías estableció, entonces, entre su futura suerte y la de la hija del contrahecho bufón? ..

La embriaguez de su dicha le había hecho olvidar á menudo esas preocupaciones, que hubieran provocado, á haberlas sabido, el enojo y las reprensiones de Aguirre y las risas burlonas ó la compasión de Rosa; pero ¡cuán sabios habían sido esos presentimientos!

Y bruscamente, su imaginación se apartaba de aquello, y aparecía en el fondo de su alma otra de sus eternas preocupaciones, algo que pesaba sobre su espíritu, sobre su pobre espíritu, todo idealismo, como una pena, como un dolor, como un remordimiento: La dicha, la suprema felicidad de amar y de ser amada la habían hecho olvidarse de Dios, de sus creencias religiosas, de sus deberes espirituales; y Dios la había castigado bién duramente por cierto, quitándole esa ventura. En el pecado había hallado la penitencia.... Pero, ahora, expiada su falta, vuelta otra vez al divino redil de almas, Dios, que era la misericordia, la bondad por excelencia ¿no se apiadaria de ella? ¿no le devolvería el bién perdido?.... ¡Oh, sí, se lo devolvería, para que ella, con su amor, esparcido como una mirra sagrada por su alma de ateo, hiciera de él un creyente fervoroso, un arrependido de la impiedad, un sediento de la divina gracia. Si, se lo devolvería, estaba segura de ello..... ¡se lo había pedido con tanto fervor!..... Y, ya ha-

bia empezado, por otra parte, su misericordia: el viaje de Alfredo á Río Chico, su encuentro con Carmen, buscado por él, y, sobre todo, sus palabras, sus preguntas, ¿no eran, acaso, un indicio de que buscaba la reconciliación?.....

Y Margarita, perdida la vista en la vasta extensión de la pradera, que, bajo las sombras del crepúsculo, iba cambiando su intensa coloración de esmeralda en un oscurecimiento de tinte, tenía una vez más la mágica visión de todo un futuro de dichas y de amor, mientras la tarde agonizaba sobre la tierra en un suave desmayo de la luz.

A lo lejos, las campanas de la iglesia de Río Chico plañían el toque de *Oración*; en el comedor, la voz fresca y juvenil de Rosa modulaba la risa de una polka de Beencchi.

## V

Cármen era en lo de Aguirre algo más que una simple sirvienta. Allí la había colocado un juez de menores hacía más de quince años, cuando solo tenía siete ú ocho de edad, y en ella ocupaba el lugar de criada de confianza, iniciada en las intimidades de la familia, por la que tenía un cariño rayano casi en la veneración. Su larga permanencia en la casa la había identificado de tal modo con la familia, que todo lo que á ella se refiriera no podía menos de afectarla tanto como si mediara en ello su interés personal. Sobre todo, tratándose de Margarita, ese sentimiento de afección se acrecentaba. La niña era su predilecta, y si bien es cierto que su cariño no salvaba la distancia que había entre ella y su patrona, no estaba contenido por el temeroso respeto que le inspiraba la seriedad de Aguirre, ni por el miedo que le tenía á las *diabluras* de Rosa, de las que, por lo general, era la víctima preferida.

No es extraño, pues, que esa noche germinara en un rinconcito de la mente de la sirvienta una idea que poco á poco fué desarrollándose y adquiriendo formas

hasta convertirse en proyecto, en un proyecto destinado á ser puesto en práctica al día siguiente.

Por un sencillo procedimiento de deducciones, la china arribaba á una conclusión que, tras de probar el interés que tenia por sus patrones, demostraba palmariamente que era toda una notabilidad en materia de lógica: La niña Margarita lo queria aún al niño Alfredo, y por eso sufría; el niño Alfredo la queria también á la niña Margarita—porque no se explicaban de otro modo las insistentes preguntas que le habia hecho esa tarde en la plaza:—si se vieran, si hablaran una sola vez, las relaciones quedarían reanudadas y serían felices los dos....¿Por qué no podía ser ella la intermediaria de ese acercamiento?....

Precisamente, al otro día debía acompañar á la niña á Rio Chico. Ella podía advertírselo por la mañana á Alfredo, en una escapada hasta el pueblo, muy mañosamente, sin comprometer á Margarita, iniciándolo de paso, con toda diplomacia, en el estado de ánimo de su patrona con respecto á él. Por el camino, como por pura casualidad, Alfredo las encontraría, y, muy difícil le parecía que, si se les acercara, Margarita lo acogiese mal.

Los preliminares de la entrevista ideada por Cármen tuvieron el más completo de los éxitos que registran los anales de los reconocimientos y escaramuzas precursoras á toda batalla, lo que fué juzgado por la criada como un indicio de buen augurio para el resto de la empresa en que se habia embarcado; y, poco despues de almorzar, se ponía en camino, con la niña, por la amplia calle que, bordeada de alam-



brados y de cercos de cina-cina, conducía, paralela á la vía del ferrocarril, desde la quinta hasta el pueblo.

A pesar de estar en pleno verano no hacía mucho calor esa tarde. El cielo, como un inmenso toldo gris, proporcionaba la agradable temperatura de uno de esos días sin sol que á manera de oasis en un desierto, suele haber en la canícula.

Como el trayecto que debían recorrer era corto, iban á pié, una al lado de la otra, cargada Carmen con una canasta desbordante de rosas de los más variados matices. Margarita, absorta en sus pensamientos, hacía girar entre los dedos de la mano izquierda el tallo de una rosa encendida, lujuriosa, cuya fragancia aspiraba de cuando en cuando; con la otra mano recogía su pollera de tela clara sobre uno de sus flancos de líneas finas y correctas, dejando al descubierto sus piés pequeños, aprisionados en elegantes botas de pronunciado tacón.

De pronto, en los labios de la sirvienta se dibujó una sonrisa de indefinible expresión: por una de las calles que se cruzaban con el camino, surgiendo apenas la cabeza de la tupida cerca de cina-cina, venía Alfredo, ginete en un caballo cuyos escarceos distrajeron á Margarita de sus cavilaciones haciéndola mirar en esa dirección.

La niña lo reconoció en seguida, y una repentina turbación la hizo temblar toda como un ave aterida de frío; un vivo rubor enrojeció sus mejillas y su frente, y por un momento su corazón cesó de latir.

Alfredo llegó á la esquina de las calles, se bajó del caballo, y, conservando la brida en la mano, aguardó á Margarita, que

se iba acercando lentamente. En su rostro pálido, de bellas aunque algo ajadas facciones, aparecía una sonrisa entre amable y ceremoniosa; en sus ojos oscuros brillaba una extraña fosforescencia; con su mano derecha, armada de un latiguillo de junco, golpeaba nerviosamente la caña de una de sus botas.

Margarita, más trémula cada vez, avanzaba á su encuentro; habia bajado los ojos, y su mirada, fija en el suelo, parecía seguir las huellas de las ruedas de un carro que habian quedado impresas en la gramilla del camino....

—¡Margarita!.....

—¡Alfredo!.....

El primer impulso fué de arrojarse uno en brazos del otro; la niña se contuvo, sin embargo, y Fernandez dejó caer pesadamente los brazos que se habian alzado como para recibirla en ellos.

Por un momento, uno frente á otro, enmudecieron los dos, sin saber qué decirse, mientras Cármen, prudencialmente alejada, los miraba, toda risueña, con sus inquietos ojillos de laucha. La situación se hacía violenta, sin embargo, y Alfredo rompió el silencio. Su voz temblaba ligeramente; sus ojos fijaban en Margarita una indecisa mirada.

—La casualidad tiene, á veces, curiosas ocurrencias, señorita: ¿quién nos había de decir, hace un momento, que nos encontraríamos?..... No esperaba Vd., sin duda, una sorpresa para Vd. tan desagradable.

Un poco de amor propio y otro poco de galanteria le hacian presentar ese encuentro como hijo de la casualidad: le era violento confesar que habia ido hasta allí sa-

biendo que la encontraría á ella, y su gentileza de hombre de mundo lo hacía finjirse ignorante á la parte que—según pensaba—tenía Margarita en la procura de esa entrevista.

Hablaba lentamente, como eligiendo las frases; su voz temblaba un poco, como si estuviera emocionado. Margarita, muy pálida, muy trémula, sin alzar la vista del suelo, arrancaba una á una, con nerviosos tirones, las hojas de la rosa que tenía entre las manos. Fernandez continuó:

—Debí haberle ahorrado la violencia de esta entrevista tan inesperada, pero no supe resistir á la tentación de hablar con Vd. Este encuentro me recuerda el pasado, y ese pasado tiene para mí muchas seducciones. A Vd. no le pasará lo mismo, sin embargo, y ahora comprendo que he hecho mal en detenerla.

Margarita levantó la vista: en sus ojos había una protesta para las últimas palabras de Alfredo.

—¿Por qué dice eso?—exclamó en tono de tímido reproche, con voz apenas perceptible—Bien sabe V. que ese pasado que invoca y que, según dice, tiene para V. tantos encantos, es para mí...pero ¿á qué recordar eso? El pasado está muerto para V.

—No, Margarita; jamás—exclamó Alfredo con exaltado acento—Mi conducta no aboga en favor de lo que le digo, y, sin embargo....

A su pesar se sentía lleno de emoción, pero se engañaba á sí mismo al atribuirla al sentimiento que en otro tiempo lo había ligado á Margarita. En realidad, era aquella una impresión puramente momentánea: hacía como cinco meses que no la veía á

la niña, y al encontrarla ahora de pronto, la hallaba muy linda, muy tentadora, con sus ojazos azules y su opulenta cabellera rubia.

La curiosidad, el capricho, la tentación de una entrevista que él imaginaba llena del atractivo de lo novedoso lo habían llevado hasta allí. Había ido con la completa seguridad de que sería dueño de sí mismo, y, sin embargo, ahora, frente á Margarita, se sentía subyugado por el misterioso encanto que fluía, como un desvanecedor perfume, de su belleza fina y delicada como una rara porcelana.

—Sí— prosiguió Margarita—el pasado está muerto para Vd... Vd. mismo se encargó de matarlo..... y si este encuentro tiene para Vd. tantas seducciones no es, seguramente, porque le recuerda otros tiempos sinó porque él viene á romper la monotonía de la vida que debe llevar en estas soledades.

A su pesar, Alfredo se inmutó. La niña se encargaba de explicarle, en parte, esa emoción de que él mismo no se daba cuenta. Por un momento tuvo la intención de no pasar de ahí, pues conocía que pisaba en terreno falso, pero lo desairado de una retirada, que se parecería mucho á una derrota, lo contuvo. ¡Era tan agradable, por otra parte, tan encantadora, esa conversación en pleno campo con una mujer tan bella, tan distinguida, tan espiritual como Margarita!

—Es Vd. injusta conmigo al suponer eso—repuso con tono firme—Pero, aún admitiendo que estuviera Vd. en lo cierto, forzoso le sería reconocer que debe Vd. tener mucho ascendiente sobre mí, cuando su presencia me impresiona de tal modo.

Impensadamente habían emprendido la marcha y caminaban, muy despacio, uno al lado del otro. Carmen, que había tomado las riendas del caballo de Alfredo, los seguía á corta distancia.

La conversación, que poco á poco había ido perdiendo sus asperezas, y haciéndose más cordial, más dulce, después de haber girado un momento al rededor de un tema banal, volvía á invadir el terreno de lo pasado.

Iban hablando á media voz, muy amistosamente, olvidados los dos de su verdadera situación. Alfredo evocaba los tiempos en que sus existencias habían vivido unidas, y ella, encantada, arrobada en aquel dulce ensueño de recuerdos, lo interrumpía, de cuando en cuando, para recordarle algún acontecimiento, alguna escena de las muchas que habían quedado grabados en su mente con líneas indelebles.

De pronto, ella se detuvo; clavó en los ojos de Alfredo una mirada de indefinible expresión, y, juntando las manos por delante de su cuerpo, vueltas las palmas hacia abajo, entrelazados violentamente los dedos, en un ademán que le era familiar, exclamó con acento de infinita tristeza, de desesperado reproche:

— ¡Oh! . . . . ¿por qué rompió Vd. esa dicha? ¿por qué? . . . . ¡Era aquello tan dulce, tan bueno! . . . .

Alfredo no contestó, no sabía que decir. Una capa de hielo cayó sobre el fuego de su entusiasmo, y, bruscamente, se vió transportado de improviso á la fría realidad del presente.

Una repentina lucidez de espíritu le permitió indagar en aquel momento en el

fondo de su alma, y se asombró de no hallar nada en ella: donde habia vivido el amor de Margarita no habia más que cenizas y frio.

Levantó los ojos hácia la niña y quiso exteriorizar en una frase, en un acento, en una modalidad de voz lo que acababa de descubrir, pero la frase, el acento, la voz expiraron en su garganta, y de nuevo lo olvidó todo: ¡la hallaba tan linda, tan seductora con sus cabellos de oro y su blancura de mármol!...

Estaban frente á un callejón que en suave declive llegaba hasta uno de los pasos á nivel de la via férrea, que, á causa de la elevación del terreno, corría allí por una barranca de muy poca profundidad, especie de tunel que se prolongaba hasta muy cerca de la estación de Rio Chico.

Detrás de ellos se sintió el ruido de un carruaje. Ambos volvieron la cabeza pero no vieron nada; sin duda el vehículo venia por una de las calles transversales y los cercos de cina-cina lo ocultaban á su vista.

Cármen, que se habia quedado algo rezagada, llegó en aquel momento.

—Son las niñas de Paz y las de Fiori—dijo—vienen saliendo del campo de Elortegui..... Viene con ellas el señor Ramos—agregó con una sonrisita maliciosa.

Margarita tuvo un ligero estremecimiento.

—¡Ay, las de Paz!.... ¡si nos vieran!—murmuró toda temblorosa.

Ya no se oia el ruido; sin duda el carruaje se habia detenido, mientras alguien abria la tranquera para darle paso.

—No tema Vd. nada—replicó Alfredo con un sí es no es de despecho en el acen-

to—no nos han divisado aún, y yó me retiro ahora mismo para no comprometerla—y tomando la brida de manos de Carmen apoyó el pie en el estribo y se dispuso á montar.

Margarita hizo ademán de detenerlo.

—No hay necesidad—murmuró—puede quedarse, si quiere.....Pero, nó: váyase; es mejor .....lo sabrian en casa y.....

Alfredo habia montado á caballo.

—¡Y qué diria Ramos!—exclamó en tono de burlona ironia.

—Ramos? ..... nada absolutamente ¿oye Vd.?—exclamó con una enerjia de que no se la hubiera creido capaz—Ni Ramos, ni nadie tiene el derecho de reprocharme esto, entiéndalo bién. Solo papá podria hacerlo.

Habia tanta firmeza en su acento que Alfredo dejó su aspecto de burla y la miró atentamente un momento.

—Adiós, Margarita—dijo, agachándose un poco para darle la mano.

—Adiós...—murmuró la niña muy pálida.

Las dos manos se unieron, los dos rostros se aproximaron, poco faltó para que se dieran un beso.

Un instante estuvieron así, mirándose en el fondo de los ojos.

—Sin embargo,—murmuró Alfredo—dicen que Ramos ocupa un lugar muy preferente en su estimación.

—¡Jamás!.....ni él, ni otro.

Fernandez apartó de ella la vista y miró en la dirección del carruaje. No aparecia aún: un obstáculo cualquiera impedía abrir la tranquera; alguien hacia esfuerzos para conseguirlo.

—Ah, ¿no es cierto, entonces, que la

.corteja?—preguntó, volviendo los ojos hacia la joven.

Margarita midió todo el alcance de las palabras de su ex-novio, y su orgullo, su amor propio de mujer, heridos por las frases que acababa de pronunciar Alfredo, se condensaron en el vanidoso acento con que exclamó:

—¿No me corteja?... Me bastaría decir una palabra para que fuese mio!

—¡Oh, si es así, Vd. la dirá!—repuso Fernandez, con todo el acento del que está muy persuadido de lo que dice, aunque, en el fondo, esperaba la protesta de la niña á su afirmación.

El amor propio de Margarita seguía pidiendo venganza.

—Quién sabe.....—murmuró sentenciosamente—¡Pasan tantas cosas!.....

Las manos se separaron. Un áspero chirrido de hierros anunció que la tranquera se abría; Alfredo puso su caballo en dirección al callejón, y, volviendo la cabeza hacia la niña, la miró aún un momento con ojos investigadores.

—¡Adiós!.....—dijo con un tono que á ella se le antojó lleno de frialdad; é inclinándose sobre el cuello de su caballo lo puso al galope, y, un momento después atravesaba la vía y desaparecía detrás del murallón de tierra que cerraba la barranca.

Ya era tiempo: en el camino, á poco más de una cuadra, apareció uno de esos pesados *breaks* de campo todo desbordante de muselinas claras. En el pescante, junto al cochero, venía Ramos.

Y entonces, Margarita, tuvo una dolorosa impresión:

Alfredo se iba, era su pasado; Ramos



venia, era su porvenir... Por un instante, aún, oyó claramente el ruido del galope del caballo de Fernandez, y le pareció que detrás de él se iban todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, toda su alma. Miró á Ramos, que le sonreía dulcemente desde el coche, brillantes los ojos de bondad y de amor, y sintió contra él una profunda irritación, un intenso ódio. Se interponía entre ella y Alfredo: era un intruso entre los dos, un profanador del fuego sagrado que ardía en su alma, un enemigo de su dicha!...

## VI

Siempre que el padre Sandoval subía al púlpito, lo primero que divisaba, al pasear por su auditorio la mirada de revista con que precedía todos sus sermones, era la rubia cabecita de Margarita, sus ojos azules, eternamente velados por una sombra de tristeza, de la tristeza de los cantos místicos y de la penumbra de las naves del templo; su cara pálida, del color de las nubecillas del humo del incienso y de los discos de la eucaristía; su busto fino y alargado como los cuerpos de las santas esculpidos en los bajo relieves de las catedrales solemnes y fastuosas.

Era el padre Sandoval el predicador de moda en Buenos Aires. Su palabra fácil y galana, en que palpitaba, por decirlo así, una fe, una religiosidad elásticas, adaptables á las exigencias de la vida moderna y compatibles con la vida de bullicio de la alta sociedad, y, sobre todo, sus ademanes de suprema distinción, de una irreprochable y graciosa distinción de abate galante y perfumado, lo habían hecho dueño de las simpatías de toda la aristocracia femenina de la metrópoli. Se iba á escuchar sus sermones como se podía ir á Palermo ó á la Opera; estaba en boga, era de buen tono el hacerlo.

El lo comprendía, y, si bien era inne-

gable que el hecho tenía la virtud de halagar su vanidad, no era menos cierto que explotaba esa preferencia en beneficio exclusivo de la religión, aprovechándose de ella para llevar la palabra divina á ese montón de conciencias arrebujuadas en finos terciopelos y brillantes sederías. En el fondo, y tras de sus almibaradas palabras de hombre de buena sociedad y de sus estudiadas actitudes de orador elegante y aristocrático, ocultaba el padre Sandoval una grande alma, una buena alma, toda desbordante de la caridad evangélica y de la virtud cristiana que preconizaba á sus auditorios.

Margarita era una de sus más infaltables oyentes, y, tan á menudo se habían encontrado sus ojos con ella, que había acabado por reparar en la asiduidad con que la niña concurría al templo. La hallaba siempre en un éxtasis de beatitud, en un abandono completo de todo su ser, arrodillada sobre las tablas de los escaños, con una expresión de místico fervor en sus ojos desmesuradamente abiertos, un temblor de sollozante plegaria en sus labios frescos, delicados, casi infantiles, y una súplica ardiente en el entrelazamiento nervioso de sus manos blanquísimas. Luego, la veía seguir, muy atenta, todas las fases de su sermón: exaltarse con él en el amor del Crucificado, sonreír en un arrobamiento de fe cuando él hablaba del premio destinado á los buenos, de la compensación guardada para los que sufren en la tierra, estremecerse de terror con la seguridad del castigo de las almas impuras, y luego brillar en sus ojos una suprema esperanza con la fe en la infinita misericordia divina.

Le habia llamado la atención esa devoción, esa beatitud, ese fervor místico. La veía siempre muy abstraída, muy alejada de las cosas de la tierra, pendiente toda ella de sus frases de piedad, siempre en un éxtasis, siempre en un arrobamiento, como una santa, como una iluminada.

Su alma, pura luz, pura bondad, puro altruismo, habia adivinado en ella un grande sufrimiento, una inmensa pena, una infinita desolación y, poco á poco, sin que él mismo se diera exacta cuenta de ello, habia llegado á tomarse un vivo interés por aquella pobre apenada.

En cuanto subia al púlpito la buscaba con la vista, y luego, engolfado en su arenga, la seguía mirando dulcemente, como si hablase para ella sola. Margarita, por su parte, hallaba un singular encanto en oírlo. ¡Eran tan buenas, tan consoladoras sus palabras, y habia tanto convencimiento, tan pura fe en ellas! Dios hablaba por su boca, y la divina gracia, la divina compasión, el divino amor, se hacían carne en los elocuentes conceptos y en los inspirados giros de su oratoria fogosa é insinuante.

No faltaba nunca. Desde que habia vuelto del campo la iglesia habia llenado toda su existencia. Pero no eran las grandes festividades en que las luces llenan de fulgores las caras de cera de los santos y en que los altares relucen como áscuas en el oro de los ornamentos y en la pedrería de las custodias; no eran las prácticas solemnes en que las casullas resplandecen en una dorada opulencia de bordados y en una fastuosa amplitud de sedas réjias, en que al *Dominus vobiscum* de la voz cascada del viejo prelado responde el *Et cum spiritu tuo* sonoro y fuerte de los sochan-

tres, y en que al sagrado aroma del incienso se mezcló el mundano perfume de los polvos de arroz, de las esencias de París; no eran las misas de Páscoa, triunfales y gloriosas como una apoteosis imperial, ni las *Cuarenta Horas* de moda, ni las aristocráticas 'novenas en que la iglesia se llena de vestidos de seda y de elegantes sombreros. Eran, por lo general, las misas de alba, las misas silenciosas, las misas llenas de paz, en que la mano del oficiante, al bendecir á los fieles, traza un signo de esperanza, de protección, de consuelo, sobre las cabezas de los pobres, de los desolados, de los náufragos de la vida; eran los sermones sencillos, llenos de fe, llenos de amor; eran las vísperas silenciosas, las prácticas desiertas.

Prefería ir cuando la iglesia estaba solitaria, abandonada. Se arrodillaba, entonces, junto á una de las columnas que marcaban el límite de las naves, y allí se pasaba las horas enteras, en un ensueño, en un éxtasis, en una perfecta inconsciencia, olvidada de todo, viendo agitarse las imágenes desde lo alto de los altares, sonreírle, hablarle dulcemente, paternalmente.

El Cristo del altar mayor, sobre todo,— un busto de tamaño natural, envuelto en una túnica roja, artísticamente figurada, de la que emergía, supremamente bella, bondadosamente triste, una cabeza de iluminado, de artista, de mártir,—era el preferido de sus místicas exaltaciones. La imagen tenía el brazo izquierdo recogido sobre el pecho, la mano apoyada sobre el corazón; el otro brazo, extendido hácia adelante parecía hacer un llamado, ofrecer un sostén, apoyar una sentencia. Los lá-

bios estaban entreabiertos en una bondadosa sonrisa; los ojos, en los ojos dulces y tristes, había una mirada de supremo amor, de infinita compasión; de la divina boca parecía brotar una de las consoladoras máximas de los evangelios. La efigie era verdaderamente genial; el artista que la había modelado era todo un artista.

Su predilección por aquella imagen databa de una tarde en que, mas apesadumbrada que de costumbre, había caído de rodillas, sofocando los sollozos que la oprimían el pecho, junto á la barandilla del altar mayor.

Aquel día se sentía más desgraciada, más sola que nunca. Sufría tanto, que, oculta la cara entre las manos, deshecha en llanto, le había pedido á Dios que le devolviera el bien perdido ó le arrancara ese amor que la abrasaba. Cuando levantó la cabeza y elevó la vista hácia el Cristo se le ocurrió que un rayo de sol, que, descomponiéndose al atravesar uno de los altos tragaluces del templo, dejaba en el rostro de la imagen una azulada claridad, brillada en sus ojos como una dulce promesa y resplandecía en sus labios como una sonrisa de suprema esperanza.

Desde entonces, sus visitas al templo se hicieron más frecuentes, casi diarias. Allí, sobre la fría desnudez de los mosaicos del pavimento, bajo la sombra de las artesonadas bóvedas de la techumbre, entre el místico silencio de la iglesia desierta, hallaba la suprema paz, el supremo olvido, la dicha casi.

¡Oh, y aquello le costaba muchos disgustos en su casa! Su padre la reprendía á menudo por aquel exceso de beatitud:

primero cariñosamente, luego con severidad, casi con enojo.

Un día, que se había pasado toda la tarde en la iglesia, acabó por prohibirle que fuera más. Ese día lloró mucho.

—¡Oh, papá!—exclamaba en medio de sus lágrimas—¿por qué me quieres quitar ese consuelo?... Si me prohibieras eso me moriría.

—Lo que quiero es que no sigas haciendo tonterías, y que, en lugar de estar todo el día metida en la iglesia, te preocupes de seguir más fielmente las prescripciones del médico, que te ha recomendado mucha calma y mucha tranquilidad.

—Pero, papá; ¡si yo no estoy enferma!

—¿No estás enferma?... Y ese ascetismo que se ha despertado ahora en tí ¿acaso es algo más que una manía?... Convéncete: tu cerebro, tu sistema nervioso, no están bien.

Después fué Rosa:

—Pero ¿qué buscas en la iglesia?... ¿Crees que Dios te va á devolver lo que has perdido?—le preguntaba llena de lástima.

Margarita protestaba.

—¡Oh, no! No le pido eso á Dios. Voy porque me gusta.... ¿acaso es un delito ir á la iglesia?... Tú también debías ir.... No tendrás suerte sinó.

—Tú has tenido mucha, á pesar de tu devoción. ¡Ah, Margarita, Margarita!—añadía luego en tono de profunda compasión—la iglesia no te va á devolver lo que era tuyo, ó mejor dicho, lo que nunca fué tuyo! ¿Por qué te aferras á esa esperanza? .. Olvídalo, no pienses más en él; no merece tu amor, no merece que te ocupes de él.

—Ya lo sé—decía Margarita con exalta-

do acento—y sin embargo lo quiero siempre, no puedo olvidarlo, no puedo, no puedo!—añadía desesperada—Pero, no voy por eso á la iglesia, no creas—exclamaba con insegura voz—Voy por cumplir con Diós, con Diós que....

.. Diós no se paga de que se vaya asiduamente á la iglesia; no necesita de esas demostraciones. ¿Cómo quieres que El, que es la suprema sabiduria, la suma perfección, tenga la vanidad del homenaje? Eso sería atribuirle debilidades humanas que no puede tener.

Pero toda la oposición de Aguirre y de Rosa no conseguia nada: la iglesia llenaba cada vez más su vida. Poco á poco se habia ido apoderando de ella con la paz del recogimiento de sus naves silenciosas y sombrías, con la plácida expresion de beatitud de la cara de los santos, con la adormecedora monotonía del murmullo de las oraciones, con la suave dulzura de los cánticos sacros.

Una idea, un proyecto, que habia llegado á convertirse en una verdadera obcecación, germinaba ahora en su mente. Se le habia ocurrido confesarse, cosa que no hacia desde años atrás, y por fin una mañana muy temprano, acompañada de Carmen, se encaminó á la iglesia, resuelta á poner en práctica su propósito.

Ese dia, al cruzar las naves el padre Sandoval en dirección á su confesionario, la vió, perdida entre los penitentes que lo aguardaban, de rodillas sobre las baldosas del pavimento, cuya frialdad parecia filtrarse en su cuerpo, manifestándose en un continuo estremecimiento que la recorria de piés á cabeza.

La presencia de la niña no dejó de sor-



prender al sacerdote. Nunca la había visto acudir al tribunal de la penitencia, ni tomar la comunión, y esto, que le había estrañado en una devota tan fervorosa como Margarita, había concluido por ser para él un verdadero enigma.

Después que hubo confesado dos ó tres mugeres, febril, agitado, lleno de una prisa sin objeto, se acercó Margarita. La niña rezó el *confiteor* con voz trémula y débil, y luego siguió un silencio apenas interrumpido por el murmullo de los rezos de los otros fieles.

Su nueva penitente recapitulaba, sin duda, sus culpas, para confesárselas ordenadamente, en el orden de los diez mandamientos de la ley de Dios y de los cinco de la Iglesia. A través de la rejilla del confesionario adivinaba su busto fino y delicado, recortándose en la penumbra del templo en un estiramiento de líneas de figura virginal; la masa de sus cabellos, en el contraste con la palidez de su rostro, adquiría un obscurecimiento de tonos, hasta parecer sombría, casi negra, bajo el sombrero de color oscuro que la cubría; un discreto perfume de violeta que fluía de ella, llenaba el misterioso retrete y se hacía allí irritante al mezclarse al vago olor de humedad, de polvo, de madera usada, de que estaba impregnado el confesionario.

El padre Sandoval esperaba en silencio. Sin saber por qué, se sentía molesto, casi violento. Hubiérase dicho que la confesion de culpas que la niña iba á hacer lo embarazaba tanto como á ella.

—Empiece, hermana; tenga fe en la misericordia divina—le dijo, deseando acabar de una vez con aquello.

A pesar de la dulzura de las frases, su voz era algo brusca.

Entonces ella, en voz baja, apenas perceptible, como un vago cuchicheo, dió principio á su confesión.

Se acusó primero de varias faltas, comprendidas todas ellas en la categoría de los pecados veniales, y lo hizo con acento de completa indiferencia, como quién no da importancia á lo que dice. Se conocía que aquello no era más que una especie de prólogo; se interrumpía á menudo, vacilaba, y los conceptos se entrecortaban, como si buscase el medio de variar de tema. Una de sus manos, enguantadas, arañaba suavemente la madera de la rejilla en una persistencia de movimiento inconsciente.

De pronto hizo una pausa mas larga que las otras; el rozamiento de sus dedos en la madera cesó, y bruscamente, abordó el asunto.

Ella no tenia culpas que confesar, no podia tenerlas, porque todas sus acciones, toda su vida giraban al rededor de una única y constante obcecacion. Allí se replegaba su alma, allí se refugiaba toda su existencia, y fuera de aquello no habia nada para ella.

Y refirió, trémula, apasionada, exaltándose por momentos, su cariño infinito por Alfredo, por ese hombre en quién habia puesto todas sus esperanzas, todas sus ilusiones, toda su fé; á quien habia entregado toda su alma, toda su conciencia, todo lo que de más exquisito tenia su espíritu, y á quien, si él se lo hubiera exigido, habria, quizá, llegado á brindar, en la copa de su cuerpo, todo el perfume de sus ternuras, toda la mirra de su pasión, to-

do el mosto de su juventud, á despecho de su voluntad, á despecho de sus sentimientos de honor, á despecho de sus ideas religiosas. Luego, su desesperación por el abandono de aquel hombre, que ya no la quería, que quizás amaba á otra..... Después, su arrepentimiento por el olvido en que había dejado á Dios, mientras había sido dichosa con aquel amor; sus plegarias á la Divinidad para que ella le devolviese ese cariño que era su vida..... Nó: la suya no era una confesión: era una confidencia, una consulta; sentía la necesidad de desahogarse, de contarlo todo, y lo hacía con él, porque él era también un convencido de la misericordia divina, porque él,—¡oh, estaba segura de ello!—la confortaría, la animaría en su esperanza del divino favor, de la divina indulgencia... Si, Dios le devolvería el bien perdido, porque Dios era muy bueno. Se lo había quitado porque ella se había olvidado de él, pero, una vez reparada su falta, sería clemente. A veces se desesperaba, porque su misericordia tardaba demasiado y entonces llegaba á pensar si sería cierto que Dios no perdonaba nunca..... Ella confesaba su culpa, estaba arrepentida, la había expiado duramente, tenía propósito firme de no incurrir otra vez en ella, y sin embargo la clemencia del Señor no se manifestaba ¿Qué era necesario hacer para merecerla? ¿qué que ya no hubiera puesto en práctica?.... Serían inútiles todos los actos que había ejecutado juzgándolos meritorios á los ojos del Señor?.... su piedad, sus asistencias á la iglesia, su promesa á la virgen de Luján, las noches pasadas en vela con la oración en los labios, mientras

en la casa todo el mundo dormía; la serie de privaciones físicas impuestas en medio del lujo y de las comodidades que la rodeaban?.....

Nó: ella no podía, no quería creerlo, y sin embargo....

Estaba convulsa, exaltada, toda poseída de un delirio de verbosidad. Sus palabras entrecortadas, confusas, se agolpaban á sus labios y llegaban hasta el padre Sandoval como un cántico sublime de pasión, como una súplica ardiente de todo su sér, como un grito supremo de amor y de esperanza, de sufrimiento y de desesperación. Allí no había religiosidad pura: Dios era para aquella enamorada, para aquel pobre cerebro de neurótica, el Poder Supremo que podía devolverle el bién que había perdido; su devoción, su beatitud, su ascetismo, eran los presentes con que pretendía poner de su parte á la divinidad. Veneraba al Señor, se inclinaba ante él, porque era su única, su última, su suprema esperanza en el derrumbe de sus ilusiones de amor. En el fondo de su mística adoración, junto con un poco de supersticiosa piedad, había mucho egoísmo.

Pero, así y todo, eran tan grandes, tan inauditos aquel amor y aquel martirio, que el cura, conmovido y asombrado, no acertó á demostrarle su falta de verdadera piedad y su extravío en materia de creencias religiosas. Comprendió que sería cruel sacarla de su error, arrebatarle esa última esperanza, y la confortó en ella, la consoló, hablándole del *buén Dios*, de su amor por los que sufren, de su misericordia para los arrepentidos.

## VII

El lujoso salón de fiestas del aristocrático club resplandecía todo él como una enorme áscua, como un monumental y raro rosetón de oro, en las artísticas guirnaldas y en los caprichosos ramilletes de bombitas de luz eléctrica, en el iris de las biseladas lunas de Venecia, en los miles de cambiantes de aderezos y collares, de diademas y sortijas, en la faya y en el gro de las indumentarias femeninas, en la deslumbrante pulcritud de las pecheras, en la aristocrática elegancia de los zapatos de charol.

En los violines, ocultos entre el follaje de la *parterre*, hacía reverencias la suprema distinción de una gavota, y mientras Rosa, perdida entre la multitud de parejas que llenaban la sala, se entregaba al placer de la danza, brillantes los ojos de gozo, todo encendido el rostro de animación, escuchando, sin oírlo, la charla insinuante de su compañero—un apuesto teniente de la escolta presidencial, de retorcidos mostachos—Margarita, sentada en un sofá, junto á un monumental jarrón de la China, todo desbordante de caprichosos helechos, seguía con la vista la pausada marcha de aquella pareja que, un momento antes,

había pasado por su lado, embebida en su conversación, mirándose ambos en el fondo de las pupilas. Ella, una rubia, elegantísima con su traje de baile color gris perla, sonriendo con aires de mujer satisfecha de la impresión que causa; él—Alfredo—en correcta indumentaria de etiqueta, puesta con ese elegante y afectado desaliño que lo caracterizaba, inclinada la cabeza hácia su pareja, hablándole con una animación y un interés que no pretendía ocultar.

El la había visto ya antes á Margarita al entrar la niña al salón del brazo de uno de sus amigos. Al cruzarse con ella no había podido ocultar la súbita emoción que lo embargó, y que supo dominar en seguida para hacerle un ceremonioso saludo. Ella había temblado toda, como un ave aterida de frío, y, sin reponerse, había contestado á su fría reverencia con un leve movimiento de cabeza.

Mas tarde, cuando después de bailar varias piezas, se había sentado, llena de fatiga, en el sofá, lo había seguido con la vista en su lenta marcha alrededor del salón. Luego, cuando pasó por su lado, dando el brazo á su bella pareja, algunas frases sueltas habían llegado hasta sus oídos:

—¡Oh, yo se lo juro, Délia!.... Créame, porqué.....—y el resto de la frase, modulada con exaltado tono, se había perdido en el bullicio de la fiesta.

Ahora se habían sentado allí en frente, semi ocultos á su vista por uno de los grandes cortinados de las ventanas. El le hablaba al oído, devorándola con sus ojos oscuros, casi rozando algunos rizos de su

opulenta cabellera rebeldes al yugo del peinado.

«¡Oh, yo se lo juro, Délia!».....y las palabras escuchadas á la pasada seguían sonando en los oídos de Margarita como una suprema desesperanza. «Créame, porque»..... y la frase trunca taladraba sus oídos y llegaba hasta el fondo de su ser como un picotazo de cóndor hambriento.

¡Oh, qué daño le hacía ese bullicio, esa alegría, esa música!..... ¿Por qué había ido á la fiesta?..... ¿No pudo haber previsto un encuentro con Alfredo?..... Lo había pensado, sí, vaya si lo había pensado!.. y, precisamente.... Además, la pobre Rosa tenía tantas ganas de bailar que se había sentido sin fuerzas para privarla de ese placer, ya que Aguirre había manifestado que las llevaría á las dos ó á ninguna.

La gavota hacía un momento que había terminado y ahora los violines preludiaban uno de los *boston* de *Ramenti*; Algunas parejas habían roto el baile y giraban á compás de la dulce cadencia; otras entraban y salían por las puertas del salón, hablando y riendo animadamente; desde la sala del *ambigu* llegaba un bullicio de cristales que se chocan y de risas estrepitosas; la alegría, el entusiasmo de la fiesta estaban en su apogeo. La frase interrumpida, las palabras escuchadas por casualidad seguían sonando en los oídos de Margarita: ¡«Oh, yo se lo juro, Délia!»... decía ese acento tan conocido, y sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, que todo se derrumbaba á su alrededor, que una rabia sorda, que una profunda desesperación bullían en el fondo de su alma.

—¿No baila Vd. más, señorita?—preguntó á su lado una voz temblorosa.

La niña volvió vivamente la cabeza, y surgió ante ella la silueta del doctor Ramos, el sobrino del intendente de Rio Chico, obsequiosamente inclinado, en un ademán de vasallo que balbucea un pedido á un monarca fabulosamente poderoso.

Aquella voz llena de dulces inflexiones, en que se traslucía una emoción de colegial que hace su primera declaración de amor, la sacó de su ensimismamiento, sonando en sus oídos como una caricia inesperada.

Ella era un niño, un pobre niño perdido en el laberinto de calles de una populosa ciudad desconocida, un pobre niño que aguarda en el quicio de una puerta el acento familiar, el rostro conocido, la mano amiga, que tardan tanto, que no llegan, que no acaban de llegar. Se sentía sola, abandonada, olvidada de todos en medio de aquella algazara, y cuando todo le era hostil, cuando un grande desaliento iba nevando sobre su alma, cuando sonaban en sus oídos, más fuerte que nunca, las palabras escuchadas por casualidad, esa frase truncada, perdida en el bullicio de la fiesta, una mano temblorosa de cariño, una mano amiga, se tendía ante ella ofreciéndole un inesperado apoyo.

Miró á Ramos y se sorprendió ella misma de verlo á su lado con agrado, casi con alegría. Desde que habia vuelto del campo solo lo habia visto dos ó tres veces, y todas ellas llena de fastidio, llena de contrariedad.

La irritaba aquel hombre tan dulce, tan bondadoso, tan insinuante. Conocía el interés que le inspiraba, lo sentía enamora-



do de ella, y, precisamente por eso se mostraba mas hostil con él. Le parecia un enemigo, se le antojaba un profanador del culto pasional que imperaba aún en su alma.

Aquella noche, sin embargo, respondiendo á un impulso casi inconsciente, lo acogió con mucha benevolencia.

—Me cansé de hacerlo—dijo, respondiendo á su pregunta—y me senté aquí. Es extraordinario lo que me fatiga ahora la danza. Antes era incansable....Y Vd. ¿tampoco baila?

—¡Oh, yo soy muy poco afecto á ello!... Pensaba pedirle me reservara Vd. un sitio en su *carpet*, pero, toda vez que está fatigada, prefiero no hacerlo; pero, en cambio, me quedo á su lado. No me negará Vd. facultades de especulador!—agregó riendo.—Ya ve que salgo ganando.

Una indefinible sonrisa iluminó el rostro de Margarita.

—Si es así—dijo, recogiendo su falda para hacerle sitio en el sofá—siéntese. Cambiaremos nuestras impresiones. Vamos á *tijeretear* en grande—añadió riendo con infantil malicia.

En los ojos del doctor brilló una mirada de agradecimiento, y, alentado por la recepción inesperada que le habia hecho la niña, se sentó á su lado, y empezaron á conversar muy cordialmente, como dos buenos camaradas que gustan de discutir juntos.

El se sentia muy á gusto, muy feliz allí, hablando con una familiaridad de antiguos conocidos, que ella nunca habia tenido para con él. Fluía un encanto tal de esa mujer tan amada que se sentia invadido por una dulce languidez, por un raro bie-

nestar, lleno de nerviosidad, que nunca había experimentado.

Bajo el desborde de claridad de las arañas de luz eléctrica, la opulenta cabellera rubia de Margarita, repartida en dos *bandeaux* que daban á su fisonomía una exótica expresión de ensueño, resplandecía como una espléndida y fabulosa flor de oro; la blancura de su piel, bajo la acción de la luz, adquiría reflejos de nieve en su rostro pálido y severo y en su garganta tersa, puesta al descubierto por el descote; y sobre esa blancura surgían sus ojos, de un oscuro azul de pizarra, como dos abismos llenos de misterio, y resaltaban sus labios rojos, purpúreos, como la mancha de sangre de una venganza de amor sobre una pechera aristocráticamente blanca.

Ella ya no oía las frases de Alfredo, esas palabras escuchadas impensadamente, que tanto mal le habían hecho. Los veía aún, á los dos, sentados en el otro extremo del salón, semi ocultos por la pesada cortina de la ventana, muy ensimismados en su conversación. Dos ó tres veces sintió fijos en ella los ojos de Alfredo, unos ojos que la contemplaban con burlona sorpresa. Le pareció una vez que en los labios de su ex-novio hacía piruetas el polichinela de la ironía en una sonrisita petulante, y entonces, en un impulso muy femenino, se volvió hácia Ramos, lo envolvió en una mirada de expresión indefinible, que hizo estremecer de gozo al joven doctor, y, sonriéndole con adorable coquetería, le dijo, en respuesta á una objeción que él le acababa de hacer:

— Mi corazón está libre, pero, bien libre... puede V. creerlo.

—¿De veras?—preguntó Ramos con una

ansiedad que no trató de ocultar, mientras contemplaba á la niña con una mirada profundamente investigadora.

—Puede creerme—le contestó ella con voz llena de firmeza, sosteniendo su mirada.

El doctor, involuntariamente, casi sin darse cuenta de lo que hacía, separó la vista de Margarita y la fijó en Alfredo, que allá, en el otro extremo del salon, seguía hablando con su pareja, todo lleno de entusiasmo. Margarita sorprendió esa mirada.

—¡Oh!—dijo con voz algo insegura—me equivoqué una vez, pero no me volverá á suceder lo mismo. Me han convencido sus teorías acerca del amor... ¿recuerda? aquellas teorías que me expuso Vd. una noche en Río Chico....

—De modo, que, si volviera Vd. á entregar su amor....—dijo anhelante Ramos.

—*Eligiria conscientemente entre mil*, como Vd. decia entonces, y se lo daría solo al que fuese capaz de comprender esa amalgama espiritual que Vd. reconocía.

—En ese caso—exclamó Ramos transportado de júbilo, brillantes los ojos de emoción—Vd.....

—Ni una palabra más, por ahora—le interrumpió Margarita, envolviéndolo en una mirada llena de luz—¡se lo prohibo!—agregó en seguida sonriéndole dulcemente.

—Pero, Margarita! ...—exclamó el doctor en tono de súplica.

—Bailemos este *skating*—le dijo la niña muy dulcemente—Las precipitaciones no conducen á nada.

Ramos se levantó, entre satisfecho y

contrariado, ofreció su mano á la niña para que se apoyara en ella al abandonar el sofá, y un momento después cruzaban lentamente el salón, cogidos de las manos, dando graciosos pasos y haciendo pausados giros á compás de la música.

La fiesta terminó, y cuando, ya sola con su padre y con Rosa, se acurrucó en un rincón del lujoso *coupe*, la invadió un gran desaliento, una infinita tristeza, una sorda irritación.

«¡Oh, yo se lo juré, Délia! Créame, porque»..... y la frase escuchada al descuido volvía á sonar en sus oídos y caía sobre su alma como una dolorosa agonía, mientras, á través de los empañados cristales del coche, veía desfilan las amarillentas luces del alumbrado público como un largo cortejo de cirios funerales.

Luego, cuando de vuelta en su casa, se tendió largo á largo en la cama, toda la ira, toda la desolación que la embargaban se resolvieron en un mar de lágrimas y en una convulsión de apagados sollozos. Durante mucho tiempo, las palabras de Alfredo, esas frases oídas por casualidad, siguieron sonando en su imaginación como un monótono martilleo, y por primera vez esa noche, desde hacia mucho tiempo, se durmió sin rezar sus acostumbradas oraciones.

## VIII

Los días se sucedieron para Margarita monótonos y tristes, y la naturaleza pareció asociarse á su estado de ánimo con una larga serie de mañanas brumosas, de tardes grises, de noches de lluvia.

Ese año, el invierno se presentó más cruel que otras veces: una lluvia fina y helada azotó casi continuamente á la ciudad durante el mes de Julio, vientos huracanados gruñeron perpetuamente en las calles, su furor de viejas divinidades malhumoradas, y el sol, como uno de esos monarcas poderosos y soberbios que no gustan de prodigarse á la vista de sus súbditos, solo se dejó ver, de tarde en tarde, asomando su rubicunda cara entre montones de nubes grises como copos de humo.

En la casa de la calle Viamonte la vida se deslizó en una monotonía apenas interrumpida por los recibos de los viernes, por la llegada, del interior, de una vieja prima de Aguirre, que pasó dos semanas en Buenos Aires en casa de sus parientes, y por las pocas veladas de la Opera á que asistieron. Aguirre se pasaba casi todo el día fuera de su casa, muy ocupado en sus negocios, que ese año habían chocado con serios inconvenientes, Rosa ha-

bia perdido, en parte, su buen humor habitual, como si el estado del tiempo hubiese influido también en aquella naturaleza vivaz. Hablaba y reía menos que de costumbre, y, sin descuidar lo que ella llamaba la curación de su hermana, cosa que se reducía ahora á hablarle de Ramos siempre que se le presentaba la ocasión, aprovechaba gran parte del día en pintar.

Las flores eran su pasión y su fuerte en ese arte, y, poco á poco, iba llenando la casa de telas y de cartones en que reía á carcajadas de color toda una loca primavera de matices.

En cuanto á Margarita, una sombría melancolía se había apoderado de ella. Se pasaba las tardes en la sala, sentada junto á las ventanas, olvidados sobre las faldas el libro en que leía ó la labor que ejecutaba, taciturna, pensativa, contemplando, á través de los humedecidos cristales, el choque del agua de la lluvia contra las fachadas de las casas y el pavimento de la calle, siguiendo con distraída mirada la marcha de los transeuntes y de los vehículos que cruzaban por frente á ella. Así se pasaba las horas enteras, sin conciencia del tiempo que transcurría, sin conciencia del sitio en que se hallaba, sin conciencia siquiera de su propia existencia hasta que la llegada de la noche la sorprendía de pronto envuelta entre sombras, y entonces huía de la sala, donde las butacas, las columnas de jaspe, los jarrones de porcelana, las terracotas, todos los objetos amontonados allí, tomaban á sus ojos fantásticos contornos que la llenaban de un loco terror.

Desde la noche del baile iba con menos frecuencia á la iglesia, y cuando lo hacía

no se sentía ya tan á gusto como antes bajo la paz de las naves desiertas y la sombra de las altas bóvedas de la techumbre. A menudo la invadía allá el singular temor que la hacía huir de la sala, en su casa, cuando llegaba la noche. Era aquella una pavorosa sensación de miedo á lo desconocido, á lo misterioso, á lo incierto, que la hacía estremecerse toda, como si un hálito de nieve recorriera su cuerpo.

Cuando la embargaba ese sentimiento en la iglesia, los santos y las vírgenes de los altares se agigantaban á sus ojos, adquirían extrañas formas, monstruosos contornos, animándose en un fantástica vidade espectros, de visiones ultraterrestres de muertos resucitados; la lucecita que brillaba en medio de la nave central, en la lámpara de bronce pendiente del techo, adquiría tétricas fosforescencias y evocaba en su mente la sombría visión de bandadas de buhos y de murciélagos chupadores de aceite; y el silencio y la penumbra del templo abandonado se le antojaban preñados de indeterminables amenazas, de enigmáticos peligros.

Una tarde, estando en ese estado de ánimo, su terror habia tomado proporciones que nunca habia tenido hasta entonces. Sentada en uno de los escaños que llenaban la nave central desde la barandilla del altar mayor hasta cerca del tabique de madera que ocultaba las tres puertas del templo, se hallaba bajo la medrosa impresión que la acometía á menudo, cuando, de pronto, sus ojos, perdidos en el fondo de la iglesia desierta, habian divisado una sombra, un bulto negro como una pena, como un dolor, como un remordimiento, que cruzaba lentamente la iglesia,

cerca del altar mayor. La sombra iba ya á transponer el límite de las naves, cuando, de imprevisto, se detuvo junto á una de las columnas; levantó la cabeza, que se agachaba sobre un libro, y volviendo la vista hácia ella la miró un momento extraña, misteriosamente.

Le dieron tan loco terror aquel sombrío bulto y aquella mirada fija en ella, que se sintió presa de un angustioso desvanecimiento, y poco faltó para que se desmayase. Cuando se repuso, la sombra había desaparecido, y aunque se dió cuenta de que aquella aparición no tenía nada de sobrenatural, de que aquel bulto que tanto la había asustado no podía ser más que un sacerdote que paseaba sus meditaciones por las naves desiertas, abandonó el templo, presa de una grande agitación.

Los santos, las imágenes de los altares no le inspiraban ya ese sentimiento de cariñosa veneración que antes la llevaba á pasarse los días enteros en la iglesia. El Cristo del altar mayor, ese Cristo de bondadosa mirada y de protector ademán ya no era el mismo para ella; ya no le merecía la serena confianza de antes: á menudo creía hallar ahora en sus ojos un singular fulgor de reproche, de amenaza, y en el brazo extendido en un supremo llamado, un vago ademán de condenación, de castigo.

Los sermones del padre Sandoval seguían teniendo para ella una mágica atracción, aunque dos ó tres veces le había sucedido ya, que, al abordar él su tema predilecto de la bondad, de la misericordia divina, del premio destinado para los buenos, para los desgraciados, una



involuntaria sonrisa de duda había desplegado sus labios y un oculto rencor de creyente defraudado había brillado en sus ojos azules.

Cierto día, al entrar al templo, de vuelta de una visita hecha á una amiga de la infancia, se detuvo de pronto, extática, llena de asombro, junto á la pila del agua bendita.

Era la víspera de una de las grandes festividades de la iglesia, y el sacristán, ayudado por dos acólitos, procedía al arreglo y á la limpieza de los altares, bajo las inmediatas órdenes del padre Juan, el teniente cura de la parroquia.

Cuando Margarita entró, estaban ocupados en el altar de Nuestra Señora del Carmen, un hermoso busto de tamaño natural, que tenía muchos devotos. En el suelo, junto á una de las columnas de manpostería que sostenían la techumbre del templo, aparecían amontonados candelabros y floreros, y, de pié sobre el desnudo altar, el sacristán, armada la diestra de un plumero desgastado por el uso, sacaba el polvo que había caído sobre la imagen, sacudiendo con toda indiferencia la esmaltada cara y la régia vestidura de la madre del Nazareno, mientras el padre Juan, á quien ella había visto muchas veces postrado ante esa Virgen, miraba impasible la operación, volviendo de cuando en cuando la cabeza para observar á los acólitos que, de espaldas al altar, limpiaban los candelabros y floreros, ó para ordenarles algo con su voz gutural é imperiosa.

El estupor se había apoderado de Margarita: Las imágenes eran para ella algo sobrenatural, algo sagrado, algo divino:

nó la representación de los unidos de la Iglesia, de los predilectos de Dios, sino los santos mismos, momificados, petrificados allí, despertados de un sueño de muchos siglos á una serena vida de quietud, de inmovilidad.

Nunca se le habia ocurrido pensar en la necesidad de medios tan vulgares, tan burdos, tan profanos, para limpiar los altares, para arreglarlos; jamás se le habia ocurrido pensar en que las imágenes, objeto de tanta veneración, tuvieran necesidades tan terrestres, tan poco celestiales como la que veia, y aquello cayó sobre su espíritu como una maza de hierro. Mil ideas se agolparon á su mente en un minuto, en confuso, en revuelto tropel, y por un momento perdió la noción de todo.

Cuando fué dueña de sí misma, se encontró en la calle, perdida entre la multitud y el bullicio de las últimas horas de la tarde.

Maquinalmente abrió la portezuela del coche, que la aguardaba, y, modulando un brusco «¡A casa!», subió al carruaje y se refugió en un rincón, pálida, temblorosa. En el primer momento la invadió un sentimiento de arrebatada ira contra el padre Juan, contra el sacristán, contra los dos acólitos; después su irritación desapareció para dar lugar á un infinito desconsuelo, á una suprema desolación.

Esa tarde, al entrar á su casa, oyó en el escritorio la voz de su padre y otra que no le fué desconocida. Se paró un momento junto á la puerta cancel y reconoció la voz del doctor Ramos. Hablaban de política, muy enardecidos los dos, como si debatieran una cuestión muy importante.

Sin saber á ciencia cierta el porqué, la

irritó la presencia de Ramos en su casa, y ya en su cuarto, mientras se sacaba el sombrero y los guantes, se reprodujo en su imaginación la escena del baile: ella, sola en medio de la algazara de la fiesta, abandonada, olvidada de todos; él, muy trémulo, muy respetuoso, todo lleno de cariño, implorándole unos minutos de conversación, un lugar á su lado, cuando ella sentía que todo le era hostil, en aquel ambiente de placer y de bullicio.

Nuevamente, como el día de su encuentro con Alfredo en Rio Chico, se le antojó un intruso, un enemigo, un audaz profanador del fuego sagrado que ardía aún en el santuario de su alma.

¿Que venía á hacer á su casa?.....  
¿que tenía que hablar con su padre?.....  
De pronto recordó ciertas bromas que, dos ó tres días antes, le había dado Aguirre á propósito de una conversación tenida con don Rosario Paz, que se hallaba á la sazón en Buenos Aires, y en la que el caudillo de Rio Chico había hecho formales insinuaciones respecto al interés que su sobrino tenía por ella.

Ahora comprendía: El asunto político era el pretexto para la visita; la verdadera razón de ella era el deseo de adivinar la impresión que habían causado sus pretensiones.

Una sorda irritación se apoderó de Margarita. ¿Qué pretendía ese hombre?.....  
¿A qué esa insistencia?..... ¿No sabía, acaso, que ella no podía amar á nadie que no fuera Alfredo?

De nuevo aparecía ante su vista el salón del club. Y ahora era la frase imprudente, pronunciada en un momento de despecho: «Mi corazón está libre, pero bién libre;

puede Vd. creerlo» .... Luego, era lo insinuado inconscientemente, las palabras sugeridoras de una posible reciprocidad de sentimientos.

¡Oh, que torpe había sido!.....¿Por qué le había hecho concebir esa esperanza, que nunca vería realizada?—No debía haberlo hecho.....pero, se sentía esa noche tan sola, tan desgraciada!.....y él se le había aparecido tan tierno, tan bondadoso!...

La voz de Rosa cortó la cadena de sus pensamientos:

—¿En qué piensas?—le preguntó de sopetón, aprisionando con ámbas manos la cintura de su hermana.

—En nada—contestó Margarita distraídamente. Y luego, tras de un momento de silencio que empleó en desabrochar y volver á abrochar uno de los botones de la bata de Rosa, le preguntó sin mirarla:

—¿A qué ha venido Ramos?

La niña la miró un momento en silencio, entre risueña y sorprendida.

—¡Qué se yó!—contestó luego, encojiéndose de hombros—A tratar algún asunto político, algún negocio, alguna..... á menos—agregó vivamente, con los ojos chispeantes de malicia—que no haya venido á solicitar la necesaria autorización para visitar esta casa en calidad de aspirante á la blanca mano de mi señorita hermana.

—¡Cállate, loca!—exclamó Margarita—Déjate de bromas!

—Con que, bromas no?..... ¿Y la *temporada* en el *club*?

—¿La *temporada*?.....te aseguro que no hablamos más que de cosas indiferentes.....Bién sabes tú, después de todo, que yo no lo puedo amar á él, ni á ningún otro.

—¿De veras?—preguntó Rosa maliciosamente—¿quieres que te diga lo que pienso á ese respecto?—añadió en seguida, poniéndose repentinamente seria:

—A tí te gusta Ramos.

—¡A mí!—exclamó Margarita descontentada.

—Sí, á tí; y conste que me alegro mucho de ello—dijo dándole una cariñosa palmada en la cara, y echando á correr en seguida al encuentro de Carmen, que volvía en ese momento de la calle con una caja de sombreros en la mano.

¿Gustarle á ella Ramos?... ¡Que loca era esa Rosa!..... El doctor le parecía buén mozo, es cierto; muy educado, muy bueno, muy simpático .. pero de ahí á quererlo había mucha distancia.

Y otra vez surgió en su imaginación la escena del baile: Ella, sola, desamparada en el vasto salón, como un niño perdido en el laberinto de calles de una ciudad desconocida; él, tendiéndole la mano como un inesperado bienhechor.

## IX

Pocas semanas después, una destemplada noche de fines de Agosto, las llamas de los cirios, profusamente distribuidos en el altar mayor de la iglesia, llenaban de fulgores el esmaltado rostro del Cristo, de esa imagen de gallarda cabeza de artista y de bondadoso ademán que sonreía desde lo alto del ara en una dulce sonrisa de consuelo y de protección; el órgano gruñía con sonoras tonalidades de divinidad malhumorada, roncando sus notas mas graves en una monotonía de perezoso *motivo*; una selecta concurrencia, en que los correctos fracs y los aristocráticos *smokings* manchaban con una nota de severidad la risa de las telas claras de las *toilettes* femeninas, llenaba la nave central; y el padre Sandoval, muy sereno y muy digno bajo su exquisita gravedad de abate galante cuyo hábito no logra ocultar al hombre de mundo, oficiaba el enlace de Alfredo Fernandez Blanchet con Délia Ruxell Saavedra, una de las herederas mas ricas de la alta sociedad de Buenos Aires.

La vista del joven sacerdote, que se levantaba, de cuando en cuando, del libro que tenía entre las manos para dirigir una furtiva ojeada á los novios y á su

séquito ó para pasear una mirada sin objeto por toda la extensión del templo, tropezó de pronto, en un sombrío rincón de la nave de la izquierda, con la fina silueta de Margarita. La adivinó, mas bién que conocerla, porque un severo mantón de color obscuro le ocultaba el rostro casi por completo.

Una irresistible curiosidad, un impulso mas fuerte que todas las consideraciones que se hizo á sí misma para disuadirse de su propósito, la habian llevado á la iglesia. Sabia que esa noche debia celebrarse ese matrimonio, y queria verlo todo, no perder un solo detalle.

Se habia arrodillado junto á uno de los confesionarios, en un rincón donde las luces del altar esparcían apenas una incierta claridad de crepúsculo, y allí permanecia, rígida, inmovil, como una simbólica efigie del asombro y del dolor.

Estaba mas pálida que de costumbre. Sus ojos azules, brillantes de un misterioso fulgor, permanecian fijos, con la fijeza de los de una cariátide, en el grupo de los novios, que divisaba á través de un claro abierto fortuitamente entre la concurrencia que se agolpaba frente al altar; su cuerpo, en la penumbra del sitio en que se hallaba, aparecía sutil y vaporoso como una figura del *prerrafaelismo*.

La nerviosa excitación que la habia poseido durante todo el dia habia desaparecido ahora, para dar lugar á un embotamiento de todos sus sentidos. No pensaba, no sentia, no percibia nada. Las personas, las luces, los objetos, la iglesia misma, no existian para ella; solo veia, claro, preciso, recortándose indistintamente ante su vista, el grupo de los desposados, con el

contraste de los tonos opuestos de sus indumentarias: el negro irreprochable del frac de Alfredo y el blanco deslumbrante del vestido de la novia.

Todas sus facultades perceptivas se habían condensado en sus ojos, y permanecía absorta, extática, en la contemplación de aquella pareja que unía sus destinos al pie del altar.

Los veía de espaldas, uno al lado del otro, erguidos, silenciosos, inmóviles, muy atentos á las frases que modulaba el padre Sandoval con su voz sonora y dulce. Un mechón de cabellos de la novia se había libertado del yugo del peinado y caía sobre su nuca, rozando la gola de tul en que remataba por esa parte su vestido, y ese sencillo detalle había cautivado, durante largo rato, la atención de Margarita, como si el hecho tuviera trascendental importancia.

La presencia de la niña en aquel oscuro rincón del templo no dejó de sorprender al sacerdote. Ya no la veía en la iglesia tan frecuentemente como antes, y, al hallarla ahora de pronto, semi-oculta por el confesionario, cubierta por aquel negro manto, fija toda su atención en la ceremonia, una sospecha se despertó en él. Preocupado con aquello, inquirió, con las preguntas de práctica, la voluntad de los novios para casarse, sin oír sus respuestas, y luego, cuando, al bendecir á la pareja, su diestra dibujó en el espacio el símbolo del cristianismo, miró involuntariamente hácia el lugar en que se hallaba Margarita y le pareció que aquella cara pálida sufría una contracción dolorosa y que la cabecita rubia se doblegaba, com



un lirio marchito, sobre la pared del confesionario.

Terminó la ceremonia, pasaron todos al despacho parroquial, y cuando, una vez llenadas las formalidades de práctica, quedó solo el pequeño salón, el padre Sandoval volvió presuroso á la iglesia.

Ya en ella, paseó una escrutadora mirada por todo el largo de la nave central, y allí, junto á la barandilla del altar mayor, cuyas luces apagaba el sacristán, una por una, sus ojos tropezaron con Margarita. Ahí estaba su penitente de un día, pero no arrodillada, como de costumbre, en un éxtasis de beatitud, sinó erguida con suprema arrogancia, alta la cabeza, que, al deslizarse sobre los hombros el manto que la cubria, habia quedado al descubierto, fijos los ojos en el Cristo en una mirada de expresión indefinible.

El se fué acercando lentamente, y cuando estuvo á su lado, Margarita, sin volver la cabeza, con un ademán violento, en que su brazo derecho extendido nerviosamente señaló á la imagen, le dijo con voz ronca, iracunda, vibrante de indignación y de dolor:

—Su Dios!.... su *buén Dios!* .. ¡me lo ha quitado!..... se lo acaba de dar á otra!

Y antes de que él pudiera contestarle, frenética, fuera de sí, midió á la imagen de piés á cabeza con una rápida mirada en que condensó todo el peso de sus dolores, toda la rábida de sus desengaños, toda la ira de su despecho, le volvió la espalda con un vivo movimiento de desdén, y, subiéndose bruscamente, el manto hasta ocultar la masa opulenta de su cabellera, cruzó todo el largo de la nave con paso

resistente como el de un ébrio, y luego se apareció detrás del tabique de madera que ocultaba las tres puertas del templo.

Después, cuando, ya en la calle, se dispuso á subir á un coche de plaza que habia llamado, mientras el cochero abria la portezuela, contempló al vasto edificio, desde los mosaicos del átrio hasta la cruz de la torre, y se le apareció tétrico, sombrío, inhospitalario, bajo las pavorosas sombras de aquella noche de invierno.

Y otra vez, mientras el coche la llevaba suavemente hácia su casa, surgió ante ella la silueta de Ramos, tendiéndole la mano en un amoroso ademán de protección. Entornó los ojos, como para retener esa visión, y sus labios parecieron bosquejar el ademán de una caricia de infinita dulzura.

En en el fondo de su alma, rasgando las tinieblas de una larga noche de dolor, despuntaba la aurora de una nueva vida.

La Plata Octubre de 1902. \*

FIN



